miguel
riofrío

la emancipada

Publicación del H. Consejo Provincial de Loja

[illegible] San Juan del Valle

la emancipada

Miguel Riofrío

H. Consejo Provincial de Loja
LOJA - ECUADOR
1974

*   Lcdo. ALEJANDRO CARRION — 1974
Prólogo y estudio de la obra

*   Lcdo. Ecuador Espinosa S. — 1974
Documentos y texto de la novela.

*   Lcdo. Adolfo Coronel. I. — 1974
Director de la edición.

Primera edición, septiembre, 1974

Impreso en los talleres Offset Graba.



Dr. Miguel Riofrío

El H. Consejo Provincial de Loja ha querido dar la oportunidad a todos los ecuatorianos y americanos de habla hispana, de hacer conocer—la primera novela propiamente dicha del Ecuador, es decir la inicial de la novelística ecuatoriana, según la expresión valorativa de Alejandro Carrión— "La Emancipada", obra de ese gran cerebro y corazón que se llamó Miguel Riofrío.

Y la publicación la hacemos no solo por el gran honor que representa para Loja, cuna de tan ilustre catedrático, diputado, diplomático, poeta y periodista, talento y grandeza espiritual del alma lojana; sino también por el valor literario de la obra y, porque necesitamos consagrar un recuerdo a la memoria del escritor que influyó notablemente en la iluminación de los caminos para que no se borren las libertades públicas.

El doctor Miguel Riofrío fue de esos espíritus excelsos, que, plenos de la posesión de su yo, infunden vida a cuanto toca, embelleciéndola, haciéndola amable a esa vida.

Poeta de exquisita sentimentalidad, escritor correctísimo, gran político, diplomático y patriota acendrado, todo en una pieza; fue un batallador incansable por la exaltación del ideal liberal en el Ecuador y, por conseguirlo sufrió prisiones, destierros, persecuciones pero logró conmover con su verbo cálido, vibrante, lleno de pasión, de esa pasión noble y fecunda que es capaz de engendrar la arrogancia secular de las montañas y paisajes de la gran tierra lojana, soberbia de su abandono, que le hace vivir con vida propia y tener la posesión de lo que significa en el progreso ecuatoriano por su riqueza, su cultura y su posición geográfica.

Miguel Riofrío en su erranza lírica y política sólo tuvo para Loja el anhelo de su bienestar y sin descuidar jamás la discusión de los intereses lojanos, nunca pretendió medrar a la sombra de la politiquilla de campanario, a la que si esfuerza alguna vez rendir el sacrificio de afrontarla, por el afán de impulsar el progreso, es preciso tratar de elevarse por sobre todo prejuicio lugareño, para obtener con la visión lejana y pura del paisaje provinciano, el amor intenso de la Patria grande.

Por eso Riofrío después de sus luchas en el Periodismo en: "La Razón", "El Veterano", "El Seis de Marzo", "El Industrial", "La Alianza", después que se rindió parias a su inspiración de poeta y fue a triunfar en Bogotá como Diplomático, y en Lima como Estadista de alta talla, en sus proscripciones fue la pluma de Montalvo la que vibró en su defensa y nunca abandonó el pensamiento de ofrendar a Loja sus éxitos y un día, trajo consigo a la ciudad natal la embajada de tres eminentes educacionistas: Belisario Peña,

Benjamín Pereira Gamba y Francisco Barrera, con el objeto de fundar el Colegio "La Unión", semillero fecundísimo de cultura, que determinó un derrotero a la vida lojana, anquilosada, abatida desde que perdió en la época colonial la comunicación y el comercio con las fundaciones de Oriente (Zamora, Logroño, Sevilla de Oro, Valladolid) de las que fue la ciudad de Loja, la primera fortaleza para el dominio de estos territorios.

Un despertar saludable hacia una nueva vida se sintió al influjo de la misión civilizadora de los "granadinos", como se los llamó y se los recuerda con cariño a los educadores Peña, Pereira Gamba y Barrera, de los cuales, el segundo que descolló luego en la política colombiano, como poeta y diplomático de primerlorden, consagró a Loja, en la que fundó su hogar la riqueza de este sentimiento:

"Si la patria es amor, aquí está ahora;
Aquí mi hogar humea,
Mi pobre hogar que a orillas del Zamora,
La risa de dos ángeles recrea".

Fue ese Colegio una nidada de hombres excepcionalmente útiles al país; a través de los años, el influjo de los granadinos persiste, inequívocamente. Si el filántropo Bernardo Valdivieso mereció los honores del bronce de la gratitud lojana, Miguel Riofrió requiere el mármol para su grandeza, pues que constituye un elevado exponente de la cultura nacional.

La crítica literaria no sólo ha exaltado en Riofrío al poeta, al escritor, al educador, sino que le ha asignado el puesto que le correspondía como el primer relatista ecuatoriano, de tendencia social, pues su novela "La Emancipada" contiene cuadros de un profundo contenido realístico, no superado aún, en los que se reproduce con maestría el drama colonial, la vida galante de hermosas dueñas y gentiles hombres, el ímpetu y el arrojo de los conquistadores y la gran tragedia de la raza vencida.

Como un débil homenaje a la memoria del gran lojano el doctor Miguel Riofrío, publicamos "La Emancipada", cuyos documentos e investigaciones se deben a la acuciosa devoción del Lcdo. Ecuador Espinosa Sigcho, quien al haber facilitado al H. Consejo Provincial de Loja el fruto de su investigación ha contribuído a situar la obra del doctor Ríofrío en el puesto que le corresponde.

Semblanza y Sentimiento Poético

Mucho debe a Miguel Riodrío la literatura ecuatoriana en sus constantes y bien comentados progresos. Este distinguido escritor tuvo su cuna en la ciudad de Loja, el 7 de septiembre de 1822; fueron sus padres el Dr. José María Riofrío y Custodia Pedreros (mulata).

Después de cursados sus estudios primarios en Loja, se trasladó a Quito, donde ingresó al Convictorio de "San Fernando", hasta que obtuvo la investidura de los grados académicos en 1851. Publicaba en aquel entonces "La Razón" en defensa de la nueva administración política, y, poco después, empleado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, fundaba "El Verano" y colaboraba en "El Ecuatoriano".

Los colegios electorales de la capital le eligieron Diputado a la Convención Nacional de Guayaquil en 1852 y no habiendo ocupado asiento en ella, se dedicó a la redacción de "El Seis de Marzo" y volvió a obtener un puesto importante en el Ministerio del Interior. Allí permaneció hasta 1855 en que pasó a Bogotá con el carácter de Secretario de la Plenipotencia que se había acreditado cerca de aquel gobierno, para luego después por impedimento del Ministro llegar a ser Encargado de Negocios. Bien merecidos elogios tuvo en aquella capital, en donde le honraron incorporándole al Liceo Granadino, y en donde el gobierno y la prensa le enaltecieron por sus patrióticos procedimientos en la defunción del célebre literato Aranda y Ponte.

En 1856 fue elegido diputado por Loja y conrurrió a dos congresos, en donde hizo esfuerzos por implantar principios liberales en nuestras instituciones, lo que no pudo conseguir porque encontró un obstáculo insuperable en la mayoría de las Cámaras dominadas todavía por las rutinas de la vieja escuela. Algunas producciones de su pluma, en las que censuró los abusos del poder, le acarrearon después una persecución de la que logró escapar.

En 1859 trató por las vías legales de coadyuvar a la reconstitución de la República anarquizada; en 1.860 habiéndose separado del Gobierno provisorio, por no creer la política de éste conforme a los principios que él había sostenido en la tribuna y por la prensa, fue reducido a prisión en un calaboso sin ningún motivo ostensible y con una ignorancia completa de causa.

Habiéndosele restituído la libertad, fundó "El Industrial", cuyo número 20 en que censuró algunos abusos, fue acusado ante el jurado de imprenta, en el que obtuvo un triunfo espléndido; triunfo que fue solemnizado con el entusiasmo del pueblo. Este suceso le costó una nueva persecución que supo burlar, emigrando a las playas del Perú.

Fijó su residencia en Piura, en donde se consagró a las tareas del magisterio; escribió dos folletines y varios artículos para "El Comercio" del Callao, "La Unión" de Piura; posteriormente fundó "La Alianza" consagrada a la causa americana. Murió en la ciudad de Lima en el mes de octubre de 1879.

No puede dudarse que el corazón y la cabeza de Riofrío fueron formados para la poesía, a la que nunca se consagró seria y detenidamente.

El doctor Riofrío es la cristalización más pura del alma lojana. Poeta sentimental y exquisito, cantó a la tierra de sus mayores, con amor y elegancia, con estrofas de aurítmica belleza. En "La Lira Ecuatoriana" encontramos sus primeros cinco poemas: "La Partida"; "El Telembí"; "El Vientecillo de la sierra"; "Su Imagen" y "Al Río Piura".

Luego en la "Nueva Lira, el Parnaso y la Antología ecuatorianas", encontramos: "Josefina"; "A mi esposa"; "A orillas del Telembí"; "Mi asilo"; "A una joven española" y "Nina".

EL TELEMBI

¡Feliz el que nunca ha visto
Más río que el de su patria,
Y duerme anciano a la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

(Lista)

Blandamente en la barca llevado
Por tus ondas, pacífico río,
Tu camino a lo incierto es el mío . . .
Prosigamos fluído Telembí.
Si ambos somos forzados viandantes
Que de altísimas sierras venimos,
Si ambos hoy nuestra suerte aquí unimos,
Por un cauce debemos seguir.

Más si ufana mi barca se mueve
Entre bosques que visten tu orilla,
Entre espumas que arroja la quilla
Y del aire entre el vago rumor
Si en el tibio balsámico ambiente
Que difunden doquier tus vapores,
Viene el ámbar de rústicas flores
A engendrar voluptuosa ilusión.

Si difundes secretos halagos,
Dando al bosque pomposa verdura,
A las aves la voz, la hermosura,
Ligereza, espansión, variedad,
Yo comprendo que iguales no somos:
Tú te agrandas al par que te alejas;
Das perfumes, en vez de las quejas
Que se exhalan del pecho mortal.

Al mirar en tus aguas volubles
La inquietud de sus ondas y rizos,
Siente el alma fluyentes hechizos
De una ignota indecible emoción.
Tú no eres cual yo desgraciado . . . .
Este andar incesante es tu vida;
Tu alta sierra no es patria perdida
Que te infunda recuerdos de amor.

Si se ostenta el deleite inefable
En tu curso apacible y tranquilo,
Hallo en tí no igualdad, sino asilo,
Y una senda que arrastra hasta el mar.
Inebriado en tus auras siguiera
La impulsión de tu blanca corriente;
Más tu tienes de nieve tu fuente,
Y la mía no es fuente glacial.

Entre tantos alegres sonidos
¿De tus aves que cantan dichosas,
De una sola se exhalan temblosas
Tiernas notas de un triste gemir
Y tu sigues tu curso invariable,
Sin oirle su mísera queja,

Arrastrando esta barca que deja
Ya lejana aquella ave infeliz.

Tu campiña a gozar nos convida
De su sombra en delicia inocente;
Pero esa ave que gime doliente
Inocula en el alma el dolor:
Es la tórtola triste que arrulla
Ai! tal vez una grata memoria,
Que antes fuera su dicha, su gloria
Y hoy es sólo recuerdo de horror.

Al ceder al rigor de mi estrella
En la frágil barquilla sumido,
De aquel ave el agudo quejido
En mis venas yo siento vibrar.
De mi patria querida apartado,
En tus aguas al ir peregrino,
Tu corriente me ofrece un camino
Que se pierde en las ondas del mar.

No le temo: paciente siguiera
El rigor del destino severo;
Más se aleja mi asilo primero
Y esto tiene el poder de afligir
Esas silfas aéreas que moran
En tu seno y tu margen amena,
Son la vaga, fantástica escena
Con que hechizas, fluidor Telembí.

Más al fin en redor nada encuentro,
De melifluo, sentido y sublime

Sino el ave que mísera gime
Despertando recuerdos de ayer.
Ved cuán pronto se eclipsan, se apagan
Cuantos fúlgidos astros ostentas,
Son forzadas, ajenas, violentas
Tus vislumbres de agreste placer.

Solo tiene vitales encantos
De una intensa bondad perdurable
Lo que anhela mi pecho insaciable
En el aura patricia aspirar.
Oh! perdona, si digo que diera
Cuanto encierra tu aurífero monte,
Por volver al estrecho horizonte
De un tranquilo y pacífico hogar.

14 de Junio de 1.861.

Miguel Riofrío.

Con motivo del triunfo ruidoso obtenido ante el jurado de imprenta, el 21 de mayo de 1861, el cual le acarreó la cruda persecución de García Moreno, el doctor Miguel Riofrío, ya en su destierro voluntario escribió:

MI ASILO

En mi memoria estás mansión querida,
Con signos indelebles señalada,
Tu que alargas las horas de una vida
Al rigor de un suplicio destinada.

Mientras furioso a la venganza suspira
El déspota en frenético ardimento,
Dulcemente mi pecho aquí respira
Tu ambiente puro, de cuidado exento.

Me detienes seguro meditando
Desde el tranquilo y sosegado encierro,
En esas que me están hoy aguardando
Rudas cadenas de pesado hierro.

En el arma homicida que el sicario
Al preparar se inmuta y amancilla,
Y en las luces de aspecto funerario
Qué pálidas alumbras la capilla . . .

Se grita allá que la inocencia muera,
Y aquí se alarga la inocente vida . . . .
Ah! ¿quién un holocausto no ofreciera
A esta mansión del cielo bendecida?

Más ¿qué puede a su albergue hospitalario
Hoy ofrecer el trovador proscrito,
Sino un mísero canto solitario
Que firme quede en la memoria escrito?

Vencida por humanos extravíos,
Huyó la libertad del patrio suelo,
Pero su influencia en los recuerdos míos
Le dá a mi asilo espiritual consuelo.

Si fuera permitido a mis cantares
Alzarse, como el humo del incienso,
Cruzando la extensión de abiertos mares,

Así dijera en horizonte inmenso:

–Aquí te extiendes, libertad sublime,
Ostentando tu esencia ilimitada;
Más benéfica allá ¿no fuiste, dime,
Donde animabas mi feliz morada?

Al contemplar aquí tu poderío
Confundida la mente se extasía;
Dada en gotas allá como el rocío,
Sediento el corazón de tí bebía.

Aquí estás estupenda, allá piadosa
De vencedor y mártir una palma
Le diste al trovador; ora ruidosa
Ora en silencio, fecundaste su alma.

Ruidosa en esas músicas festivas
Con que un pueblo feliz te saludaba,
Entre algazaras y solemnes vivas,
Que el aire a lo alto con placer llevaba.

Sigilosa después, tras denso velo,
En silencio alargaste amiga mano
Y un asilo le diste por consuelo
Al que de muerte persiguió el tirano.

En este asilo el libre pensamiento
En vez de desmayar se enorgullece,
Pues si su pluma le arrancó el tormento,
La corona de mártir le enaltece.

Y luego en variedad objetos tantos
De un efluvio vital siempre halagueño
En la vigilia dan dulces encantos
Que reproduce el apacible sueño.

La luz primera que por limpia gasa
O por alta vidriera cristalina,
Lánguida y suave a iluminarme pasa
Es mi dulce visita matutina.

Angeles de piedad están guardando
La inútil vida de infeliz proscristo,
A quien el verdugo está siempre acechando
Con siniestra avidez, como a un precito.

En vez de los escarnios y baldones
Que del cautivo agraban la amargura,
Escucho yo las mágicas canciones
Que exhala el seno de una virgen pura.

Y es el aura sutil de esos acentos
Manantial de fecunda inspiración,
Pues engendra sublimes sentimientos
Agitando el latir del corazón.

Cuando el silencio sigue a la armonía
Del inocente canto virginal,
Viene, como en atmósfera sombría
De la Patria el recuerdo funeral.

Ay! entonces sus trovas de amargura
Con plañidos exhala mi laud,
Cual si viera una joven hermosura
Opresa en la estrechez de un atahud.

Más tiene la vital melancolía
Espacios sin confin que recorrer,
Ellos muestran fugaz la tiranía
Y el hoy campante destructor poder.

Por próximas regiones se encamina,
Cual la modesta luz del arrebol,
Esa de libertad llama divina
Hacia este suelo que fecunda el sol.

Entre tanto oh albergue! La vida
Del proscrito fluctuante sosten,
No consientas que vague perdida
De las olas del mundo al vaivén.

Vuelva, virgen, tu acento divino
Su balsámico influjo a verter
En el mártir que tienes vecino
Procurando su plectro mover.

¡Oh! cuan grata en el alma resuena
¡Cuanto se ama esta vida fugaz,
Cuando exhalas tu voz de sirena
Del melódico alambre al compás!

Todo entonces, grandioso, esplendente,
Nos revela un divino poder,
Y el poeta, inclinando la frente,
Ama a Dios, la creación, la mujer.

Sinembargo el mayor esfuerzo poético de Miguel Riofrío se cifra en "Nina", aquella leyenda quichua en que: "El shiri Chaloya, que era menospreciado en la corte de Atahualpa por su rectitud y amor a la justicia, había resuelto dedicarse a la contemplación de lo invisible y orar en las cumbres de los montes, como el Pichincha. El día en que Rumiñahui incendió a Quito, Nina, hija de Chaloya, subió en busca de su padre juntamente con otros muchos indios quiteños que maldecían al tirano y la conquista. Chaloya hízoles a los concurrentes un razonamiento, en el que salvando la responsabilidad de Rumiñahui, dijo que la patria gemía cautiva por las culpas de sus hijos y que estos serían tratados como bestias de carga por los conquistadores, pero que el Sol no perdonaría las crueldades ni las alevosías; él castiga con la servidumbre a nuestra patria, más deja a la raza intrusa castigarse a sí misma. Concluído el razonamiento, el concurso se dispersó por el oriente, más Chaloya con Nina buscaron un asilo en las faldas occidentales del Pichincha. Atahualpa había pretendido que Nina fuera vestal en el templo del Sol, pero la niña lo rehuzó, afirmando que lo adoraba libremente en la campiña. La misma tarde del incendio de Quito oyó Rumiñahui que Nina se gloriaba de haberse librado de su tiranía, e inmediatamente mandó que trescientos soldados trajeran presos a Chaloya y a su hija. Al día siguiente por la mañana regresaron los trescientos comisionados con la noticia de que solo habían encontrado las huellas del padre y de la hija hasta terminar en dos fuentes termales. A pesar de que al sur avanzaba ya Benalcázar aliado con Duchicela y de que en el norte se había rebelado Otavalo, no quiso Rumiñahui rendirse a los conquistadores y, así tomó la resolución de partir hacia el oriente, donde, entre un espantoso estruendo, quedó convertido en el negrusco picacho o monte que lleva su nombre".

N I N A

Leyenda quichua.

Descendiente de los Shiris,
Chaloya, padre de Nina,
Huyendo de Rumiñahui
Subió a lo alto del Pichincha.

Al mirar columnas de humo
Y entender que Quito ardía,
Alzó sus ojos al cielo
Y postrose de rodillas.

Chaloya, aunque de alta estirpe,
No fue tenido en valía,
Porque a la corte enojaba
Su ardiente sed de justicia.

Alejado de los grandes,
Sin odio, pena ni envidia,
En lo invisible ocupaba
su mente contemplativa.

Presagiaba suspirando
Que la patria acabaría
Entregándose a extranjeros,
Devorada por sí misma.

Por mitigar sus congojas
Oraba de cima en cima,
Y, en la suprema desgracia,
Prefirió la del Pichincha.

El pensamiento y las huellas
De su padre siguió la hija,
Y en esta vez asustados
Otros a ella la seguían.

Era todo movimiento,
Confusión, llanto, fatiga;
Por oír entonce al justo,
Suben varios al Pichincha.

Resbalando entre la nieve,
Ante todos llega Nina;

Ve a su padre, mira al cielo,
Llora, y como él se arrodilla.

Iban los demás llegando
En confuso vocerío:
Uno maldice al tirano,
Maldice otro la conquista;

Quien amenaza, quien jura,
Quien blasfema, quien suspira.
Chaloya se alza, oye a todos
Y dirigiéndose a la hija:

"Llora, dice, el llanto es justo,
Pues la Patria está en cenizas;
Más no maldigas a nadie:
Sólo la culpa es maldita.

"Y ¿quién de culpa está libre
Ante el Sol de la Justicia?
El valor se torna en culpa,
Si con culpa se ejercita.

Es culpa la mansedumbre
Que ante las culpas se humilla:
Ejerciéndola en exceso
Es culpa la virtud misma.

Tras las culpas hay desgracias,
Si todo no se equilibra
Sin nada más, nada menos
De lo que el Sol determina.

Rumiñahui, valeroso
Quiso defender al Inca
Más nuestro monarca, manso
Se entregó, cual tortolilla.

"Le devoraron milanos
Que nuestra raza asesinan
Librarnos de tal peligro
Ha intentado en héroe quichua.

Pero la nación estaba
En cien bandos dividida;
Cada bando era una culpa
Que engendra cien desdichas.

En despecho Rumiñahui
Llegó a la culpa infinita
De la matanza y el fuego
Que contemplas pavorida.

Por las culpas de sus hijos
gime la patria cautiva,
Pues ya miro consumada
La más sangrienta conquista.

Infelices, cual ninguna,
Será la raza vencida;
Pero nunca la triunfante
Podrá exitar nuestra envidia.

Nuestra prole a la cristiana
Estará siempre sumisa:

Será la bestia de carga
De su crueldad y avaricia.

Pero ¡Oh sol! . Tu no perdonas
Crueldades ni alevocías;
A ti que a todos alumbras
Todos te deben justicia.

Y tus leyes quebrantadas
Se llaman guerra, conquista,
Odio, rabia, furia, celos
Y frenética codicia.

El sol, con la servidumbre,
A nuestra patria castiga
Y deja la raza intrusa
Castigarse por si misma.

II

Dispersose el auditorio
Por las orientales vías;
Cual perplejo, cual bramando,
Cual con el alma afligida.

Hacia occidente lo arroja
El volcán lava y ceniza,
Las montañas solitarias
Eran del hombre temidas.

Allí tramotando asilo
Buscó Chaloya con su hija :

Bajaron, besando el suelo,
Como postrer despedida.

III

Era fama que Atahualpa
Viendo bella y pura a Nina
Quizo al templo consagrarla
Y que ella respondió al Inca;

Perdí a mi Madre en la cuna,
Más no la doy por perdida,
Porque cuando pienso en ella,
Junto su alma con la mía.

Ella era esposa, era madre
Y así era la virtud misma,
Fue para el Sol virgen pura,
Pues tuvo alma sin mancilla.

Con orrullo de paloma
Mi padre desde muy niña,
Me enseñó a ver en el cielo
A mi madre y la justicia.

Para que en el Sol pensara
Más que en mí, me llamó Nina (1)
Yo soy, pues del Sol la virgen,
Más mi templo es la campiña.

En los prados y en los bosques,
En oteros y colinas,

En tantos cerros nevados
Que por doquier se divisan.

Difunde el padre sus rayos,
Con ellos todo ilumina,
Y todo se muestra en orden
Y variedad infinito.

Con éllos todo despierta,
Se colora, se matiza.
Se fecunda, se embellece
Y a adorarte ¡Oh Sol! convida.

Millares de aves te cantan
Sobre las selvas floridas.
¿Por qué esconden entre muros
Tu alta gloria y nuestra dicha?

Yo seré del Sol la virgen
Sin verme nunca oprimida,
Cual si la bondad suprema
Fuera celosa y mezquina.

(1) Nina palabra quichua que significa lumbre.

Quiero libre, no entre muros
Consagrar el alma mía
Al que mostrando grandezas
Quiso hacer grande la vida.

Admirado y temeroso
De tan extraña doctrina,

El Rey mandó que en su corte
Nunca penetrara Nina.

Y ella bagabá en los bosques
Libre como la neblina,
Admirundo en cielo y tierra
La eterna sabiduría.

IV

El tirano Rumiñahui
Aun con las teas encendidas
Completando la obra horrenda
De desolación y ruina;

Oyó sarcástico riendo:
Esta importante noticia;
El hipócrita Chaloya
Queda en lo alto del Pichincha,

Su Hija ante el Sol y la Luna
Postrándose de rodillas,
Dice que ellos me inspiraron
Cierta egregia negativa.

Pues recordarás que ingrata
Rebelde, osada y sacrílega.
No quiso entrar en el templo
Por vagar en la cantina.

Al ver que son tus esposas
Las que en templo existían,

Y que tú, justo y severo
Con la muerte las castigas.

Dice que el Sol la ha librado
Con su inspiración divina
De sufrir como las otras
Tu espantosa tiranía.

Su padre, cual Duchicela
Quizá ofrezca mano amiga . . .
Rumiñahui interrumpiendo
Dió estas órdenes de prisa;

Cien chasquis y cien soldados
Y cien diestros en la pista,
Con alas en calcañares
Vuelen en torno al Pichincha,

Y, ya véis que aún no anochece,
Mañana al rayar el día
Estarán en mi presencia
Chaloya atado con su hija.

Con imperiosa guiñada
Un jefe da la consigna,
Y oficiales y soldados
Alzan su arma y su mochila.

Por grupos de cinco en cinco
Van los diestros en la pista,
Y los chasquis se colocan
A razón de uno por milla.

De diez en diez los soldados
Van con honda. aljaba y pica;
Los capitanes oculta
Llevan bélica bocina.

Con astucia y ligereza
Que al zorro y la corza imitan,
Llevan, ávidos del premio
Agil planta y ágil vista.

V

Pasa horrenda la noche
Entre humo, llama y cenizas,
Con siniestro regocijo
Rumiñahui la luz mira.

Espera chasquis que anuncien
La llegada de las víctimas
Y entre tanto un plan nefario
Revuelve en su fantasía.

Un sentimiento piadoso
Le acomete y se retira,
Cual si dos almas tuviera
Una de héroe, otra ferina.

Con extraño movimiento
Las entrañas le palpitan
Al pensar en la inocencia
De un padre amante y una hija.

Pero luego recobrando
Su volcánica energía
Se goza en el cuadro horrible
Que su crueldad imagina.

Pronto verá de Chaloya
La cabeza encanecida
Inclinarse demandando
Perdón, piedad para su hija;

Y ya ensaya la respuesta
Que dará con gallardía,
Haciendo regia y solemne
Su venganza y su lascivia.

Con señales de impaciencia,
Al Sol, al suelo, al Pichincha,
A sus tropas y sus teas,
Lleva alternando su vista.

Más iba el Sol señalando
Horas lentas y tardías;
Unas tras otras pasaban
Y ningún chasqui volvía.

El tirano enfurecido
El exterminio maquina
[illegible] *entos enviados,*
Y a enviar mu [illegible] *disponía;*

Pero luego se le anuncia
Con la fúnebre bocina

Que los trescientos se acercan,
Más sin Chaloya ni su hija.

El tirano va al encuentro
Con su lanza enrojecida:
Los trescientos al mirarle
Todos a una se arrodillan.

Temblando el Capitán dice:
Puedes quitarnos la vida,
Más no por desobediencia,
Ni flojedad ni mentira.

Todos lo hemos presenciado:
El asombro nos abisma . . . .
Te juramos que no existen
Ni Chaloya ni su Hija".

¿Los matastéis o murieron,
Decid, pues, que es de su vida?
Les preguntó Rumiñahui
Con voz ya enroquecida.

En respuesta le refieren
Insólita maravilla;
Dicen que frescas las huellas
Le fue fácil el seguirlas.

Que siguiendo las miraron
A manera de neblina,
Blanca luz en alta noche
Por la lluvia ennegrecida.

Que en el rincón escondido
De donde la luz salía
Descubrieron una fuente
Que manaba como hervida.

Que sólo hasta allí llegaban
Las breves plantas de Nina;
Y solas las de su padre,
Hasta otra fuente seguían.

Y que de allí en adelante
Ni hacia abajo, ni hacia arriba,
Hallaron bestigio alguno,
Los más diestros en la pista.

VI

Por el sur ya Benalcázar
Avanzaba a toda brida,
Aliado con Duchicela
De la estirpe de los Incas.

Por el norte ya Otavalo
Con ingeniosa perfidia,
Había dejado indefensa
Y airada a la raza quichua.

Por occidente un prodigio
Deja en fuentes cristalinas
La fecundante memoria
De la virtud perseguida.

Más en tanto sin rendirse
Del tirano la osadía,
Dijo: "Si unos dan su nombre
A las aguas movedizas.

Yo a mi nombre y mis hazañas
Que ya la fama publica,
Dejaré por monumento
Lo que cuadra al alma mía".

"Un agrio cerro negrusco
Que deja por siempre fija
Con su dureza y sus cortes
La imagen de la conquista".

Y andando por ruta opuesta
A la de Chaloya y Nina,
Llegó a un punto de un estruendo
Dejó un picacho a la vista.

Desde entonces Nina-- Yacú
Con puras y ardientes linfas,
Sirve de brazo al Chaloya
Y agradándose camina.

El Rumiñahui se ostenta
Inmoble, estéril, sin vida,
Con sus ásperos peñascos,
Negro y rudo hasta la cima.

Y así aún en torno suyo
Esa majestad domina,

Difundiendo las influencias
Del tiempo que simboliza.

Más en tiempos venideros,
Según viejas profesías,
Iluminará la patria
El Espíritu de Nina.

Novelador insigne, Miguel Riofrío, hizo palpitar la misma vida en tramas de un fino subjetivismo, en donde la ingenuidad mujeril y la bravura indómita del colonizador forjaban escenas de intensa fuerza emocional. "Allí en esas páginas de castizo decir, se encuentra la ciudad de Mercadillo, con sus hidalgos de amplia capa castellana, de rico jubón y argentea empuñadora; allí se destaca la barbarie del cacique, el fanatismo curial y la humillación del aborigen. La costumbre se transparente y Loja antigua aparece como la fundación colonial de gustos típicos y uzansas de risueña prosapia". He allí el panorama en que se desenvuelve "La Emancipada", inicial, punto de partida de la novelística ecuatoriana.

El Dr. Miguel Riofrío

(Hoja suelta publicada en Lima en el día de su muerte).

Acaba de extinguirse una preciosa existencia. Acaba de eclipsarse, tras las opacas sombras de la muerte, uno de los astros que más ha brillado, con luz indeficiente, en el horizonte de la patria ecuatoriana. Acaba de exhalarse, en el abismo de lo infinito, el final aliento de una alma, que durante su peregrinación por la tierra, revistió todos los caracteres del bien, descollando por el poder del genio, por la fuerza del talento, por el brillo de la imaginación y, más que por todo esto, por los impulsos de un corazón levantado, noble y generoso. Acaba de rendir, en fin, su última jornada, en el áspero sendero de la vida, y lejos de los lares queridos de su patria, el que fue doctor Miguel Riofrío, representante del Ecuador cerca del gobierno del Perú, con el elevado carácter de Ministro Plenipotenciario.

Nunca se ha enlutado más nuestro dolorido corazón de ecuatorianos, como hoy que, alejados de la patria, hemos visto descender, distante también de ella, al caos de la eternidad, una de las últimas reliquias de ese gran partido liberal, que, ayer nomás, fue el terror de los tiranos, y que hoy, por una inexplicable aberración histórica, forma, aobedeciendo a la ley de los contrastes, el firme pedestal de la más humillante y vergonzosa dictadura.

Dispuestos a diseñar, a grandes rasgos, la vida pública de nuestro eminente compatriota el doctor Miguel Riofrío, nada en efecto llama más nuestra atención, como la faz del político, porque en ella es en la que el ilustre ecuatoriano, de quien nos ocupamos, ha logrado ponerse a una altura a que muy pocos han llegado, por el camino de la modestia y del verdadero mérito, sin la muletilla de la adulación vil y rastrera, que hoy es, por desgracia, la senda trillada de la influencia, de los honores y del poder.

Nacido el doctor Riofrío en la ciudad de Loja, capital del departamento del mismo nombre, en el año de 1.822, se consagró, desde muy temprana edad, al cultivo de su precoz inteligencia, en el colegio llamado de San Bernardo, del cual pasó al Convictorio de San Fernando de Quito, para continuar sus estudios académicos; dedicándose, preferentemente, a la jurisprudencia, en cuya facultad obtuvo la investidura de doctor en 1.845, para optar después, en 1.851, el título de abogado, rindiendo el examen de prueba, ante la Excelentísima Corte Suprema, que por entonces era el Areopago de la magistratura ecuatoriana.

Dotado el doctor Riofrío de un espíritu eminentemente liberal, cualidad característica de toda su noble familia; el principal anhelo de su vida fue difundir, por medio de la cátedra y de la prensa, en el colegio, en los comicios y en el parlamento, las doctrinas netamente racionalistas; sin tocar, eso sí, los límites del radicalismo absurdo, que raya en la demencia, por no querer reconocer término a la libertad, y por confundirla, torpemente, con el libertinaje y la licencia.

De aquí el que la prensa ecuatoriana, y especialmente la prensa política, haya contado, entre los iniciadores y propagandistas más conspícuos del diarismo, al director de "La Razón", "El Veterano". "La Unión", "El Seis de Marzo", "El Industrial", y el colaborador de "El Ecuatoriano", "La Democracia", "La Alianza" y de tantos otros periódicos nacionales y extranjeros, en cuyas columnas han merecido siempre, un lugar preferente y distinguido, las producciones del publicista más ilustrado y liberal que ha tenido hasta hoy el Ecuador.

Severísimo censor de los vicios y de las costumbres refractarias del orden, de la moral y del derecho, a la vez que acusador enérgico de los desafueros y extravíos del poder, sea quien fuere el que lo ejerciera, no pudo escapar a la tenaz persecución del Gobierno que, en 1.860, personificaba en el Ecuador la autocracia rusa, cuyos excesos fueron denunciados en "El Industrial" creado por el doctor Riofrío para la defensa de los intereses del pueblo que perdió sus más caras y sagradas libertades, con el triunfo del régimen que, iniciado en 59, con la jornada del Salado en Guayaquil, no vino a terminar sino con el sangriento drama de Quito, el 6 de Agosto de 1.875.

Proscrito entonces el doctor Riofrío, después del espléndido triunfo que obtuvo en el Jurado de imprenta, que conoció de la denuncia de "El Industrial", en que tuvo el valor de actuar el proceso de los abusos del Ministro Muñoz, agente irresponsable del dictador García Moreno; hizo rumbo al Perú, por el camino de Colombia, avecinándose, primero, en la hospitalaria ciudad que bañan las mansas aguas del Piura, y después, en esta hermosa ciudad de los Reyes, de cuyos habitantes recibió, constantemente, las más reiteradas muestras de consideración, de respeto y de benevolencia.

Durante los quince años que, con mano férrea, dominó al Ecuador García Moreno, no se cansó éste de emplear toda la sagacidad de su talento, y la influencia de un poder casi siempre irresistible, para inducir a su noble, a la vez que temido adversario, a que abandonara a las filas de la oposición y se alistara en las del banco ministerial, que entonces no era, como lo es hoy, una falanje de pretorianos, sino un partido fuerte y compacto, compuesto de las entidades más encumbradas en las ciencias, en las artes, en las letras, en el foro, en la prensa, en la magistratura, en el clero, en la milicia, en el comercio y en todos los grandes centros del prestigio y de la influencia social.

Y sin embargo de esto, el proscrito de aquel soberbio déspota, que si sabía aterrar con sólo su mirada, sabía también seducir con la emulación y el brillo de su gloria, siempre que tenía que habérselas con un carácter altivo y

enérgico a la vez que inteligente y denodado; supo conservarse siempre digno, siempre noble, siempre independiente; despreciar los halagos y seducciones del poder; renunciar a la vanidad del mando, a la influencia de éste; y preferir, rara virtud, su modesta condición de periodista y pedagogo, para conservar intacta su proverbial virtud republicana. Había combatido el sanguinario régimen de García Moreno, y no podía convertirse, por las treinta monedas de Judas, en el panejirista del terror. Riofrío no perteneció, ni podía pertenecer jamás, a la familia de los tránsfugas y renegados; se lo impedía la nobleza de su carácter, tradicional en su familia, en su raza y en su pueblo.

¡Lástima! , y lástima muy grande es por cierto, que la brillante carrera política del ilustre hijo de Loja, hubiese quedado manchada con una falta, por disculpable que ella sea. Porque falta, y falta gravísima fue, es preciso decirlo, aquella en que incurrió el doctor Riofrío, aceptando, de manos de un gobierno desleal y traidor, reaccionario del terrorismo militar, el más inícuo de todos, un puesto que tantas veces rechazó, de quien por espacio de quince años, fue el árbitro de los destinos del Ecuador, con el aplauso de la Europa y de la América.

Mucho hemos sentido y deplorado, que el impertérrito adversario de todos los tiranos del Ecuador, haya doblegado su altiva cerviz a la coyunta del más imbécil de todos y, que el valeroso adalid de García Moreno, hubiese formado alianza con el héroe ridículo de la farza llamada EL OCHO DE SEPTIMBRE.

Pero si las faltas, así como los crímenes, tienen circunstancias atenuantes y son alguna vez disculpables, en mérito a la intención; el Ecuador debe tener la hidalguía de perdonar la suya, a su primer estadista y escritor político, en mérito al objeto que tuvo en mira, al aceptar su representación en el Congreso de Jurisconsultos Americanos. Bien sabía el Dr. Riofrío, a pesar de su proverbial modestia, que si él no aceptaba la misión de representar al Ecuador en aquella ilustre asamblea, el crédito de nuestra patria iba a quedar sumido en el abismo del desprecio público, reducido como está y ha estado siempre el círculo del actual gobierno, a una turba de sicarios que no saben más ciencia ni más arte, que la de sostener a su caudillo, en cambio del salario que reciben.

Si la brillante hoja de servicios del político y del diplomático ecuatoriano, tiene esa oscura mancha, que bien hubiéramos querido borrar, a costa de cualquier sacrificio que no fuera el de la verdad; en cambio la del literato, la del poeta y la del jurisconsulto, no tienen nada que pueda empañar su lustre y esplendor. Dotado de un gran talento, de una instrucción basta y sólida, a la vez que de una imaginación ardiente y de un sentimiento tierno y delicado, sus producciones científicas y literarias reúnen, todas las condiciones de palpitante interés, llevando impreso el sello de la inspiración y del genio, formando, en conjunto, el más preciado tesoro que hoy guardan en depósito las letras ecuatorianas.

La ciudad de Loja, que fue la cuna del Dr. Riofrío, le debe a éste una

de las más valiosas conquistas alcanzadas en el campo de la ilustración y del progreso. Después de haberla representado, más de una vez, con honra y con provecho, en las Cámaras Legislativas, le hizo el más grande y positivo de los beneficios, dotándola de un colegio particular, que fundó con el nombre de Colegio de la Unión, dirigido por tres sabios y acreditados profesores colombianos, los inolvidables Barrera, Peña y Pereira Gamba, a quienes exprofesamente llevó consigo de Bogotá, en la última vez que estuvo en esta capital, el año de 57, representando al Ecuador como encargado de negocios.

Debido a este importantísimo plantel de educación, el primero de su clase establecido en el Ecuador, al que concurrieron alumnos de todas las provincias, aún de la capital; la juventud lojana es hoy una de las más ilustradas de la república, y la que más se ha distinguido y se distingue hoy mismo, por su consagración a las ciencias y su amor a la libertad.

Por no ser de nuestro objeto, no penetramos, como bien quisiéramos hacerlo, en el santuario de la vida íntima de nuestro célebre escritor, para tener el orgullo de revelar al mundo entero y especialmente a los ecuatorianos, cuan rico era el tesoro de virtudes privadas y domésticas, que aquilataban el mérito del amigo, del padre y del esposo. Unido a una virtuosa, espiritual y bella matrona de esta capital y siendo el padre de dos tiernas y adorables criaturas, de dos ángeles con forma humana; la dicha y la tranquilidad del hogar le habían abierto, prematuramente, las doradas puertas del edén celeste, donde reposan los espíritus que, como el de Riofrío, vinieron a la tierra predestinados para el bien y para iluminar, con su refulgente luz, el sendero por el que la humanidad se encamina a la asecución de sus destinos inmortales.

Lima, 11 de Octubre de 1.879

VICENTE PAZ.

la emancipada

"la emancipada" una rebelde con causa

Esta es, probablemente, la primera novela ecuatoriana o, con más propiedad, la primera novela escrita durante la República. La fecha que puede asignársele es 1.863, porque se publicó en Quito, en folletín del diario "La Unión", en dicho año, el último de su existencia, y en el texto dice que la relación fue escrita después de veintidos años de los sucesos, y éstos se relatan como ocurridos en 1.841, o sea, en suma, que la novela fue publicada en el mismo año en que se escribió.

Digo que es probablemente la primera novela ecuatoriana escrita durante la República, porque se trata de una época escasamente explorada y aún puede ser que algún erudito afortuno encuentre otra anterior. Y no digo que es la primera novela escrita en el Ecuador, porque en las postrimerías de la Colonia se escribieron dos relatos a los que se podría dar ese honor: el "Viaje de Enrique Wanton al país de las monas", de Ignacio Flores —que nadie ha podido leer hasta ahora— y el de las tribulaciones, entusiasmo e impaciencias de Madamita Monteverde, que el doctor Espejo incluyó en las "Cartas Riobambenses". Por lo menos esta es la fecunda idea que Gonzalo Rubio Orbe apuntó en su biografía del Recursor: Madamita Monteverde, una auténtica Madame Bovary americana, es también, como "la emancipada", una rebelde con causa.

Novela romántica, didáctica y edificante, como es natural; novela de costumbres también, "La Emancipada" crea una vigorosa figura femenina, apasionada y trágica: Rosaura, que tiene vida propia y que se rebela contra el ambiente y las costumbres en medio de una soledad absoluta y sin esperanza, que la conduce a la muerte cuando el que por ella debía jugarse todo entero, Eduardo, el bien amado, por cuyo amor ella perdió su vida, se desmorona en una inacción filosófica y cuando debe actuar y rescatarla, se mete a fraile predicador y la condena.

Los puntos de contacto de Rosaura con Madamita Monteverde son múltiples y también son múltiples sus diferencias, y es tentador entregarse a establecerlas. Pero no nos dejaremos caer en la tentación: baste señalarlos a la curiosidad de los estudiosos. esta es apenas una nota introductoria, no un estudio a fondo.

El doctor Riofrío, al escribir esta novela, la inicial de nuestra novelística, muestra cuán generosamente dotado estaba para el género: sus personajes, en especial Rosaura, su padre, el cura y el basto novio desdeñado, están bien dibujados y viven con innegable vigor La acción está bien trabada; las costumbres bien relatadas y mejor criticadas; los diálogos vivos y vibrantes; el idioma claro; la construcción sólida; los pensamientos valientes, constructivos, generosos, llenos de humanidad y abiertos al porvenir.

La novela se sujeta fielmente al canon romántico, usa de todos los recursos que ese canon precisaba: no falta el monólogo, la epístola, el diario íntimo. Su condición de críti-

ca implacable de la sociedad ecuatoriana durante los primeros años de la República, la define, por último, como auténticamente romántica, porque eso es el romanticismo en esencia: rebelión total contra la sociedad y el medio, guerra contra lo establecido, clamor por la libertad y batalla por la humanización de la vida. Eso es Byron, eso es Prevost, eso es Espronceda.

El romanticismo presupone la didáctica, la moraleja, la enseñanza rigurosamente extraída de los hechos narrados, La novela se escribe para denunciar, para insurgir, para declamar un poco también, desde luego, pero principalmente para cambiar el mundo. Y eso, el ansia de denunciar, de edificar, de declamar, de insurgir y de cambiar el mundo es, desde entonces, desde las novelas iniciales, desde Ignacio Flores, desde el doctor Espejo, desde Miguel Riofrío principalmente, la clave dominante de la novela ecuatoriana.

El doctor Miguel Riofrío, educador, jurista, diplomático, periodista, gran constructor de su patria, maestro proclamado tanto por Montalvo como por Julio Zaldumbide, es un liberal avanzado, un hombre para el cual el aire de la vida tiene que cambiar, si es que la patria debe ir adelante. Es un revolucionario, en suma. Y "La Emancipada", además de una novela —la primera novela propiamente dicha— es un acto revolucionario.

Al regresar, en esta edición, "La Emancipada" al conocimiento de los ecuatorianos, se inserta en el cuadro de la novela nacional con plena actualidad, el doctor Riofrío, su autor, era un novelista comprometido con el porvenir, luchaba por él, y esa es la postura que la novela ecuatoriana adopta a partir de "A la costa", la inmortal de Luis A. Martínez.

Pocas veces un precursor, mejor dicho un iniciador, ha estado más a tono con el curso posterior de lo iniciado: maestro, hombre grande, que sabía encontrar la pista del porvenir, el doctor Riofrío es, sin duda, el padre de la novela ecuatoriana. Dificultades y negligencias de la investigación han impedido proclamarlo hasta hoy. La acuciosa devoción del licenciado Ecuador Espinosa viene, con la presente edición, a situar la obra del doctor Riofrío en su verdadero puesto.

ALEJANDRO CARRION

Washington, 10 de setiembre de 1973

la emancipada

(PRIMERA PARTE)

En la parroquia de M. . . . . de la República e atoriana se movía el pueblo en todas direcciones, celebrando la festividad de la Circuncisión, pues era primero de enero de 1.841.

Sólo un recinto estaba silencioso y era el jardín de una casa de cuyas puertas habían quedado cerrojadas desde la víspera. Allí hablaba una joven lugareña con un joven recien llegado de la capital de la República.

El joven era de mediana estatura, de facciones regulares y un tanto cojitabundo.

En la joven, su altura, flexibilidad y gentileza se ostentaban como el bambú de las orillas de su río: su tez fina, fresca y delicada la hacía semejante a la estación en que los campos reverdecen; la ceja negra, y las pupilas y los cabellos de un castaño oscuro le daban cierta gracia que le era propia y privativa: su mirar franco y despejado, una ondulación que mostraba el labio inferior como desdeñando al superior y el atrevido perfil de su nariz, daban a su rostro una expresión de firmeza inconmovible. No había una perfecta consonancia en sus facciones; por eso el conjunto tenía no se qué de extraordinario: la limpieza de su frente y la morbidez de sus mejillas que se encendían con la emoción, parecían signos de candor: la barba perfectamente arqueda imprimía en todo su rostro cierto aire de voluptuosidad: una contracción casi imperceptible en el entrecejo mostraba haber reprimido de tiempo atrás alguna pasión violenta: el cuello levemente agobiado le daba una actitud dudosa entre la timidez y la modestia: de modo que ningún fisónomo habría podido adivinar su carácter moral y fisiológico con bastante precisión.

De qué hablaban, se puede adivinar fácilmente si se atiende a que el joven había estudiado las materias de enseñanza secundaria en la ciudad más cercana a la parroquia de que nos ocupamos, y que iba a pasar sus temporadas de recreo en casa de la joven. Se conocerá más claramente cual había sido su pensamiento dominante, cuando se sepa que después de terminado el curso de artes, había pasado a hacer sus estudios profesionales en la Capital, y había estudiado con todo tesón necesario para recibir la borla, dar media vuelta a la izquierda y volver a cierto lugar que sus condiscípulos deseaban conocer porque le había pintado muchas veces en los ensayos literarios que se le obligaba a escribir en la clase de Retórica. En uno de estos había dicho:

"Quedaos vosotros, hijos de la corte, en la región de las Pandectas, y el Digesto y las partidas. Yo de la jerarquía de doctor pasaré a la de aldeano, porque allí mora la felicidad.

"Las hoyas de los ríos Malacatus, Uchima, Chambo y Solanda con sus preciosidades vegetales y sus vistas pintorescas acogerán el resto de mis días.

"Las vegas son allí un salpicado caprichoso de alquerias, casas pajizas, ingenios de azúcar, platanares, plantios de caña dulce y pequeñas praderas en que pasen los ganados. Todo esto recibe un realce sorprendente con el relieve de los árboles ya gigantescos, ya medianos, que nacen y crecen sin sistema artístico y con la sola simetría que a la naturaleza pudo darles. La ceiba, el aguacate, el guayabo, el naranjo y el limonero son los más comunes matices de los platanares, los cañizales y los prados.

"A la margen de los ríos se levantan, se extienden y entrelazan los bambús, los carrizos, los laureles, el sauce y el aliso. En las colinas levántase el arupo para mostrar de lo alto su copa y sus ramilletes.

"Como el placer y el dolor en el corazón del hombre, así alternan a la falda de esos cerros y en la parte agreste de esos valles, el faique con sus espinas y el chirimoyo con la frescura de su follaje, la fragancia de sus flores y lo sabroso de su fruta.

"Las acequias que partiendo de los azudes, van a humedecer los terrenos regadizos, dan de beber a las plantas, atraviesan los setos y recorren las heredades, moviéndose y rielando como serpiente de diamante.

"En los ribazos se forma algunas veces una sociedad heterogénea: las cabras, las vacas, las yeguas ramonean el césped que Dios creara para ellas; y a par de estas el hombre recoge de los mismos parajes, el díctamo, el azafrán, la doradilla, la canchalagua, y extrae la miel y la cera que fabrican las abejas. Más allá, las altiplanicies pobladas de higuerones, cedros, faiques y guayacanes sirven de aprisco y majada a los rebaños y de cesteadores al campesino.

"La más celébre de sus cordilleras es Auritosinga, cuyo nombre ha viajado alrededor del mundo, unido a la preciosa corteza que allí se descubrió.

"Las campiñas y las florestas están siempre animadas por la antifonía de las aves canoras y de las aves bulliciosas.

"Tal es el templo en que daré culto a una Deidad".

Cuando se le imponía el deber de escribir memorias geográficas de su provincia, hablaba a duras penas de todo lo que no era su parroquia predilecta, y cuando de esta escribía mencionaba hasta los más insignificantes pormenores aunque estos quedaran fuera del tema que se le había señalado. En uno de los ensayos decía con referencia a su pueblo:

"Desde el 24 de Diciembre hasta mediados de Enero mostraban esos campos sus escenas peculiares.

"En algunas alquerias de segunda orden se formaban lo que llaman altar de nacimiento. Estos son simulacros más o menos grotescos del portal de Belén. La cuna de Jesús ocupa el cúlmen y van descendiendo en forma de anfiteatro, los reyes, los pastores, los niños degollados por Herodes, el paraíso terrenal con huertos y animales, mezclado todo con sucesos más recientes y aún con cuadros de costumbres lugareños. Las figuras en que todo esto se representa son de diversos materiales, pero más comúnmente de madera: algunas de estas figuras son de movimiento y las hacen desempeñar sus oficios empleando algún mecanismo sencillo o ingenioso.

"Cada cosa en que se levanta alguno de estos altares tiene preparados bizcotelas, queso, frutas escogidas, bebidas frescas, licores ordinarios y también un guitarrista y un tamborilero, para obsequiar los visitantes con comida, bebida y bailecillos o fandangos.

"Cuando el baile va a empezar se retira a la sacra familia en señal de acatamiento.

"Como estos altares distan unos de otros por lo menos un kilómetro los paseos son siempre a caballo".

Así seguían las descripciones que los melindres de la crítica calificaban de pesadas y ridículas, sin atender a que el compositor nada podía encontrar de útil ni de bello fuera de su recinto predilecto.

La joven por su parte, con menos reglas, pero con más corazón, había escrito sus memorias para presentarlas algún día a la única persona que podía ser su consuelo sobre la tierra: en esas memorias habrían hallado también los despreocupados mucho que despreciar, pues se reducían a pintar al natural, lo que había producido su madre, por haber recibido lecciones de un religioso ilustrado, llamado padre Mora, a quien comisionara el Libertador Bolívar para la fundación de las escuelas lancasterianas. Pintaba los tiernos sentimientos que esta madre así instruída sabía inspirar, y que después de referir las escenas que habían precedido al fallecimiento de esa buena madre, agregaba:

"Una semana después de haber sepultado a mi madre, cuando todavía estaban mis ojos hinchados por las lágrimas, recogió mi padre todos mis libros, el papel, la pizarra, las plumas, la vihuela y los pinceles: formó un lío de todo esto, lo fue a depositar en el convento y volvió para decirme: "Rosaura, ya tienes doce años cumplidos: es necesario que desde hoy en adelante vivas con temor de Dios; es necesario enderezar tu educación, aunque ya el árbolito está torcido por la moda; tu madre era muy porfiada y con sus novelerias ha dañado todos los planes que yo tenía para hacerte una buena hija; yo quiero que te eduques para señora y esta educación empezará desde hoy:

"Tú estarás siempre en la recámara y al oir que alguien llega, pasarás inmediatamente al cuarto del traspatio; no más paseos ni visitas a nadie ni de nadie. Eduardo no volverá aquí. Lo que te diga tu padre lo oirás bajando los

ojos y obedecerás sin responderle, sino cuando fueres preguntada" —Y ¿no podré leer alguna cosa? Le pregunté: —Sí, me dijo, podrás leer estos libros— y me señaló "Desiderio y Electo", los sermones del padre Barcia y los Cánones penitenciales".

Apuntados estos antecedentes y el de que el joven sabía bien que el padre de Rosaura nunca faltaba a los paseos de año nuevo, ni a la práctica de dejar a su hija encerrada cuando el salía a divertirse; y constándole además que los caminos estaban ocupados por hileras de hombres y mujeres que discurrían alegres haciendo la visita de los altares; que cada altar era una estación: que los patios estaban cuajados de caballos, bestias mulares y borricos en gran número, ya se puede deducir que el flamante doctor había penetrado hasta el jardín de Rosaura, sin temor de que nadie le sorprendiese, y puede también maliciarse que de sus prácticas sublimes resultaba el recíproco propósito de unir su suerte para siempre, en caso de que pudieran ser vencidas las tenaces resistencias que opondría el terco padre de la joven.

Esto que es fácil de maliciarse, fue lo que en efecto sucedió: pasados los primeros momentos de sorpresa, sustos, exclamaciones, y monosílabos, se refirieron recíprocamente lo que durante la ausencia había pasado. Al hablar Eduardo de sus planes de futuro enlace, se trabó este diálogo que no será inútil referir:

—¡Eduardo! dijo Rosaura, yo conozco a mi padre, y me estremezco al pensar que pudiera alguna de tus pasos irritarle, pues el resultado no sería otro que el de separarnos para siempre.

—Que el alma se separe del cuerpo, respondió Eduardo, puede comprenderse; pero que dos almas que se amen como yo te amo lleguen a desunirse, eso no Rosaura; si así lo piensas, tú no me amas.

—Eduardo, yo quiero que me comprendas, En mis diez y ocho años de vida, o más bien en mi noche de diez y ocho años, no ha habido más que dos luces para mí: la de mi madre que se apagó y la que ahora me está alumbrando y temo que se aleje al cometer una imprudencia . . . En mi sentir cuando el amor no se enciende el alma está en tinieblas . . . quise decir, que amo a mi madre en el cielo, porque no puedo amarla de otra manera; este es un amor que hace llorar: el tuyo es un amor vivo que hace esperar, soñar y estremecerse . .. Yo hablo fuera de mí . . . ¡qué hacer! al fin direlo todo: mi padre tiene interés en que nadie me conozca, y menos tú porque teme que se descubran algunos secretos . . . Pero, retírate por ahora, amigo mío, porque va a anochecer y puede venir alguien.

Al amanecer del día siguiente, recibió Eduardo una carta de un íntimo amigo suyo que estaba en todos sus secretos, quien le decía:

"Querido Eduardo: prepara el ánimo para oir cosas terribles: es preciso que cobres fuerzas y leas esta carta hasta el fin. Conforme a lo convenido asistí al baile del niño.

"Son las dos de la mañana: oigo todavía el canto y el tamboril: Don Pedro está en el baile y creo que no verá a su hija hasta muy tarde. Puedes aprovechar de los momentos que son preciosos; entre el Cura y Don Pedro van a sacrificar a Rosaura, si acaso no andas listo.

"Don Pedro había apurado las copas como siempre, y se convirtió en hazme reir de los tunantes. En uno de los corros le hablaron del próximo matrimonio de la monjita (asi llaman a Rosaura) y le oí estas palabras que me helaron todas las fibras:"El Cura me ha dado un buen novio para ella y le he admitido a ojo cerrado, por qué se que un cierto mocito ha venido ya a amostazarme la sangre.

Mañana en la misa de este niño será la primera amonestación. Pasado mañana en la misa de los paileros será la segunda amonestación. El día de los santos reyes la monjita será esposa legítima de Don Anselmo de Aguirre, propietario de terrenos en Quilanga.

"Con una angustia mortal, aunque sin dar entero crédito a lo que acababa de oir, me acerqué a hablar con el cura, al tiempo que este se sentaba en un taburete para saborear un vaso de aguanaje que le acababan de servir. Al mismo tiempo se acercó Don Pedro, haciéndole al cura mímicas contorciones y señalando con el índice a dos viejos que le seguían. dijo: —Oiga mi padre cura, lo que me dicen estos bellacos: me dicen que hago mal en dejar correr las amonestaciones, antes de haber perdido el consentimiento de la novia, como si mi hija pudiera dejar de consentir en lo que su padre lo mande.

"El cura se arrellenó, nos dirigió una mirada a estilo de Sultán: tragó un bocado de aguanaje, produciendo un ruido repugnante, y con afectada gravedad respondió.- Sin duda no sabrían esos señores que yo soy quien lo ha dispuesto.- No, señor, no sabíamos repuso uno, bajando la cabeza. Si el Señor cura lo ha dispuesto, bien dispuesto está, dijo el otro, —todos tres se retiraron.

—Señor Cura, le dije yo, el asunto es grave y si me permitiera le haría algunas reflexiones.

—¿Qué reflexiones serán esas?—me respondió sin mirarme y con la vista fija en los que empezaban a bailar.

—La primera es que las hijas no son esclavas ni de sus padres ni de los Curas.

—¿Y es un pascasio el ancastereano quien ha de venir a enseñarme?

—Sí Señor., un pascasio lancastereano, tiene derecho para decir a un señor Cura que si en verdad somos cristianos, debemos ser sustancialmente distintos de aquellos pueblos, en que la mujer es entregada como mercancía a los caprichos de un dueño, a quien sirve de utilidad o de entretenimiento, más no de esposa. El cristiano debe penetrarse de lo que es una esposa conforme al cristianismo; y de que las hijas de la que fue Madre de Dios, deben valer algo más que los animales que se encierran en un redil para que vivan brutalmente.

En contestación me arremetió con distingos y subdistingos disparatados.

Conocí que era infructuosa toda discusión con un hombre a quien todos admiraban y aplaudían hasta por las cruces que se hacían al tiempo de bostezar, y me salí sin despedirme.

Me he detenido en pormenores para que conozcas entre que hombres estamos y pienses en lo que mejor te convenga".

A las seis de la mañana Rosaura recibió una carta de Eduardo en que le daba las noticias del anterior, y continuaba diciendo:

"Tu sabes bien que tu padre no puede obligarte a que te casen sin tu voluntad. Yo aguardaré los tres años que te faltan para ser libre, o pediremos las licencias en los términos que nos permite la ley.

"No se quien es el hombre que cuenta ya con tu mano, pero tengo la evidencia de que no te ama, pues ni siquiera te conoce; mientras que tu corazón y el mío han sido creados para amarse eternamente. Ahora resulta que un muro va a interponerse entre nosotros dos; pero ¿Qué muro podría resistir al poder excelso del amor? Vence tú en lo que a tí sola corresponde: piensa que tu madre habría bendecido nuestra unión, y este pensamiento dará vigor a tus esfuerzos: piensa que con pocos días de una resolución enérgica y perseverante aseguras la libertad de tu vida entera.

"Dime alguna palabra: haz algún signo que yo pueda comprender cuando necesites de mi auxilio. Yo estaré siempre en las inmediaciones de tu casa: día y noche me tendrás a tu disposición para luchar como atleta si te amenaza algún peligro. Según lo dispuesto por el cura nada te dirá tu padre hasta pasado mañana. Desde ese día estaré cerca de tí para atender a la menor indicación.

"Siento que el alma se me agranda y las fuerzas se duplican cuando pienso en nuestro amor. Bendeciría mi hora postrera, si consiguiese expirar sacrificándome por tí.

Tuyo para siempre. Eduardo".

Dos horas después, el ladrido de los perros anunció que Don Pedro de Mendoza se acercaba a su alquería.

Rosaura corrió asorada a recostarse en su lecho.

Como la fisonomía de Don Pedro carecía de expresión, bastará para pre-

sentar su persona una rápida silueta. Era un campesino alto, enjuto, de nariz roma, barba gris que le bajaba hasta la mitad de la mejilla, ojos pardos de un mirar entre estúpido y severo, frente calva un poco estrecha hacia las sienes, color rojizo y labios amoratados. Entró en el patio de su casa cabalgando una mula negra; para apearse recogió la parte delantera de su poncho grana y la echó al hombro izquierdo. Se desmontó, ató el cabestro a un pilar, safó de la quijada la tira de cordobán que sostenía su enorme sombrero amarillento : al quitarse las espuelas y las amarras, divisó en el patio las huellas de una bestia, las observó con prolijidad: cobró una expresión iracunda: entró estrepitosamente en la sala: llamó a su hija, y como esta no respondía, la buscó por todas partes hasta que fue a hallarla en su dormitorio.

—¿Con qué estamos de lágrimas, le dijo, ¿por qué son esas lágrimas? ..... y ¡Sigue llorando y no responde! .... ¿Quién ha venido a caballo esta mañana?

—Un muchacho.

—¡Linda respuesta! ¡un muchacho! cuando sueltas esas palabras, diciendo con miedo un muchacho, y te quedas allí llorando, es porque habido alguna picardía.

—Eso no, Señor, dijo Rosaura levantándose.

—Pues entonces ¿quién era el muchacho y a qué ha venido?

—Fue el paje de Eduardo Ramírez y vino a darme la noticia de que se trata de casarme el 6 del presente.

—¿Por eso estás llorando?

—Ya no lloro: perdone Ud. la niñada de haber creído por un rato que Ud. hubiera convenido en entregarme para siempre a un hombre que ni siquiera he conocido.

—Eres todavía muy muchacha y estás mal educada: debes saber que el señorio de esta jurisdicción es vizcaíno y asturiano puro, y desde el tiempo de nuestros antepasados ha sido costumbre tener a las doncellas siempre en la recámara y arreglarse los matrimonios por las personas de consejo y de experiencia que son los padres de los contrayentes. Así me casé yo con tu madre, y en realidad de verdad, al no haber sido así, no me habría casado, porque tus abuelos (que Dios haya perdonado y tenga entre Santos) cometieron el desbarro de que un maldito fraile (perdóneme su corona), que vino a esa tontera de escuelas normales, hiciera leer malos libros a la muchacha. Con ese veneno se volvió respondona, murmuradora de los predicadores, enemiga de que se quemaran ramos benditos para aplacar la ira de Dios, y amiga de libros, papeles y palabras ociosas; de modo que nadie quiso casarse con élla en la ciudad, y con justa razón, porque ella en vez de hilar y cocinar, que es lo que deben saber las mujeres, le gustaba preguntar en donde estaba Bolívar, quienes se iban al Congreso, que decía la Gaceta, y guardaba como cosa de reliquia esos libros de Telémaco y no se que otros extravagantes que le había dejado ese Fraile,

que ni sé como se llamaba: Unos le decían padre normal otros padre mazón y otros padre maestro. Pero volvamos al asunto, como nadie quiso casarse con la masoncita remilgada, me la endosaron a mí diciéndome que era una perla. Bastante me hizo rabiar con sus resabios; pero ya se murió y todo se lo he perdonado por amor de Dios. Con que ya ves que si a una Normalista como a tu madre la casaron sin que me conocieran, a una dócil y obedienta como tú se la ha de casar como a persona de valer. ¿Estamos en ello? ..... ¿No respondes? .... Sabes que estoy atrasado en mis intereses, que necesito trabajar para ti misma y que no puede estar toda la vida ocupado en cuidarte.

—Señor, que estorbo ¿No podría ir a encerrarme en el monasterio de la ciudad?

—Ya yo lo había pensado: no me parecería mal que estubieses entre las esposas de Jesucristo; allí está la vida más perfecta; ojalá tu madre hubiera tenido siempre en su mano las letanías y los míseres, en vez de esos libros que por misericordia de Dios han ido a poder del Señor Cura: entonces ella y yo habríamos sido menos desgraciados: pero volviendo al asunto, he pensado que tú no debes ir. Si entraras de seglar, las monjas no me dejarían sociego, pidiéndome las espensas necesarias para tu subsistencia, y elegirían precisamente los días en que estubiese sin blanca, porque asi son esas monjas. De seglar ni pensar. Para monja de velo negro, ni tengo los mil pesos de dote, porque tu madre en nada me ayudó al trabajo y después .... pero pasando a otra cosa: no te darían los votos para monja de velo negro, porque esas monjas son muy melindrosas en asunto de linaje, y aún que yo soy tan caballero como los padres de muchas de ellas, no dejan de hacerme algunos melindres, pues hubo mil de habladurías cuando me casé con tu madre; ¡cuánto mejor me hubiera estado casarme con una campesina y trabajadora como yo! . Pero vamos al caso: De velo negro no se puede, y de velo blanco tampoco, pues no quiero que seas criada de nadie.

—Según acaba de decirme, a Usted, no le reconocen como a noble: en tal caso ¿no podría Ud, casarme como a plebeya, es decir, con alguna persona a quien mi voluntad se inclinara, siempre que esa persona fuese honrada, virtuosa, desinteresada y trabajadora? yo creo que así sería feliz.

—Convenido, has que tu voluntad se incline a Don Anselmo de Aguirre que va a ser tu marido con la bendición de Dios, del Cura y mía, y hemos concluído este asunto que ya me va fastidiando, porque detesto bachillerías de mujeres, pues bastante tuve con las de tu madre.

—Mi voluntad no puede inclinarse a un desconocido. . . . y Ud. Padre mio no será capaz de ....

—¿Capaz de qué? habla pronto, porque ya me has cansado ¿capaz de qué?

—De sacrificarme inhumanamente, después de haberme atormentado todos los días con palabras ofensivas a la memoria de mi madre.

—¡Ingrata! ¿te atreves hablar así a tu padre? bien dice el refrán: cria-

rás cuervos para que te saquen los ojos: este es el fruto de la cizaña que sembró tu madre en tu corazón, por esto la maldigo y deseo que ese demonio se este revolcando en los infiernos (esta escena parecerá bárbara é inverosomil a los que no hubiesen experimentado de cerca a nuestro déspotas de aldea).

—No maldiga a mi madre .... ¡Madre mía! tu hija te bendice.

—A las perversas como tu madre se les envía maldiciones en vez de padre nuestros y avemarías, y a las inobedientes como tú se las ata de un poste y se las enseña a ser buenas hijas.

—¿Podré rogar de rodillas, Padre mío?

—Así con humildad puedes hacerlo; pero es inútil porque yo necesito que te cases, he dado mi palabra y a élla no he de faltar aún que te mueras.

—Yo he dado también la mía desde mi niñez y moriré antes que faltar.

— ¡Demonios! (gritó el viejo temblándole la voz) ¡—Y así me decías, ¡so víbora endemoniada! hija de tu madre! que querías ir a un monasterio?

—Creo que sólo Dios es infinitamente superior a la persona a quien he entregado toda mi alma: esta persona es Eduardo: sólo entre Dios y Eduardo me es lícito escoger esposo: todo otro partido lo rechaza mi corazón y preferiría la muerte y los tormentos . . . .

—Prefieres la muerte y los tormentos, pues está bien: te juro por Dios Nuestro Señor y esta señal de la cruz que no volverás a repetir esa palabra.

—Bien se comprenderá que era Don Pedro uno de aquellos tipos que caracterizan a la vieja aristocracia de las aldeas, cuyos instintos tradicionalistas les hacían feroces para con sus inferiores, truhanescos con sus iguales y ridículamente humildes ante cualquier signo de superioridad.

Así como su obediencia era ciega e irreflexiva a la voz de los más grandes, así la imponían de su parte a los más pequeños. Obedecer al fuerte y despotizar el débil era su única regla de conducta y siempre la ejecutaban brutalmente. Cualquier respetuosa observación de parte de un inferior era vista como blasfemia y severamente castigada en los ratos de mal humor. La idea de justicia estaba borrada de todos los corazones y suplantada con unas pocas máximas creadas para sostener el prestigio de los curas; "Cuando Dios habla todo debe callar": "Los sacerdotes son una caña hueca por donde Dios trasmite sus preceptos a los hombres": "La voz del sacerdote es la voz de Dios", y otras por el mismo orden era la única moral que iba a regir en lo interior de las familias. Estos antecedentes unidos a la idea de que si Rosaura se casaba con quien no fuera un rústico, correría su padre el peligro de que se le pidiese cuenta de los bienes de su difunta esposa; al efecto físico de la biodez que produce un desesperante fastidio al diciparse y al carácter personal de ese ignorante, pueden explicar, sin que se atribuya a locura el modo como empezó a cumplir Don Pedro el juramento que acaba de hacer por Dios Nuestro Señor y la señal de la cruz. El vio que su hija sacaba de su mismo despecho la

suprema resolución de sacrificarse, malició con un instinto menos fino que el del tigre, que una mujer resuelta es igual al más grande de los héroes en valor, fortaleza, improvisión de planes y presteza en realizarlos, y tomó una actitud injusta, cruel, estúpida; pero que resultó eficaz para el objeto que se propuso.

Agarró un bastón de chonta con casquillo de metal: salió jadeante y demudado dijo con voz de trueno a Rosaura: —Vas a ver los estragos que causa tu inobediencia.

La joven presentó serenamente su cabeza para que su padre la matara a garrotazos: El pasó frotándose con su hija, llegó al traspatio y le dió de palos a un indígena sirviente.

—¡Amo mío! ¡Perdón por Dios! Yo no he faltado en nada —dijo el indio—.

—Sóis una raza maldita y váis a ser exterminados, —replicó el tirano—, dirigiéndose enseguida con el palo levantado a descargarlo sobre la hija del indio que era una criatura de seis años.

Rosaura partió como una flecha y paró el golpe diciendo:

—Yo no quiero que hayan mártires por causa mía: Seré yo la única mártir: Mande usted y yo estoy pronta a obedecer.

—¿Te casarás?
—Me casaré.

—¿Con Don Anselmo?
—Con Don Anselmo—.

—¿El día de los Santos Reyes?
—El día de los Santos Reyes.

—Pues la paz de Dios sea en esta casa.

Rosaura partió con paso firme y frente elevada a su dormitorio: Su padre la fue siguiendo y dijo él al entrar:

—Para que no tengas de que quejarte de mí en ningún tiempo, te dejo la libertad de que elijas los padrinos.

—Gracias: Por padrino elijo a mi Padre, y sentiría en el alma que así no fuera; y en vez de la libertad de elegir madrina quisiera otro favor.

—Como no sea algún disparate.

—En caso de ser un disparate usted podrá negarmelo, pues no se reduce sino a que me permita escribir una carta . .. . .

—Si es a soltero, nó . . . . .

—No se trataba sino de decir a una persona que, como hija obediente voy a dar gusto a mi padre casándome con don Anselmo.

—Eso sí: Ya se a quien; pero yo leeré la carta y yo mismo la enviaré con persona de mi confianza.

—Y si tuviera usted a bien escribirla de su puño, yo la firmaría.

— ¡Qué me place! ¡qué me place! . Voy a escribirla: ¿No es para don Eduardo?

—Sí, señor:

Don Pedro volvió a su sala diciendo para sí solo:

— ¡Lo que vale la energía! Ya todo lo he conseguido en menos de dos horas: si me hubiera metido hablando y generoso, ¿Qué habría sido de mí? La letra con sangre entra. Ahora no hay más que tener cuidado para que esa sabandija no me juegue alguna mala partida: Pero no, desengañándolo al abogadito ya no hay cuidado. Esta carta me salió como miel sobre buñuelos. Voy a ponérsela con desprecio, porque así se debe tratar a estos muchachos; pero no, lo político no quita lo valiente.

Algunos minutos después Rosaura fue llamada a firmar, y firmó sin saber lo que su padre había escrito: Al tiempo de cerrar, puso al respaldo furtivamente estas palabras: "Han ocurrido cosas que me han despechado y he resuelto a dar una campanada. Te juro que no seré de Don Anselmo, Vete a la ciudad antes del 6".

Don Pedro que había salido por un minuto, volvió a entrar con el que había de conducir la carta, a tiempo que Rosaura iba a pegar la oblea.

—Alto ahí, señorita dijo: —enseguida empuñó la esquela, la sacó de la cubierta, la desdobló y sacudió receloso de que hubiere interpuesto otra hoja: Vio que estaba firmada, la cerró y la entregó al conductor.

Desde ese instante empezaron en casa de Don Pedro los preparativos para el banquete y los festines nupciales.

CAPITULO III

El desventurado Eduardo, al recibir la carta pasó de una agitación terrible a otra más terrible agitación. La esquela decía así:

"Muy señor mío: Por cuanto mi señor padre me ha dicho lo que la Santa Iglesia nos enseña, conviene saber: Que los padres son para los hijos segundos dioses en la tierra y que se han de cumplir sus designios con temor de Dios, recibo por esposo al señor don Anselmo de Aguirre, porque será una ensina a cuya sombra viviré como buena cristiana, trabajando para mi esposo, como la mujer fuerte, y para los hijos que Dios me dará, sin mirar mis grandes pecados y sólo por su infinita misericordia; por ende podrá Ud. tomar las de villadiego. Dios guarde a Ud. por muchos años –firmado–. Rosaura Mendoza".

Después de exhalar solitarias exclamaciones y derramar algunas lágrimas Eduardo se reconcentró a meditar en la naturaleza de su situación y en el partido que debería tomar:

–Ella ha firmado pensaba él, lo que su padre le ha obligado a que firmara. En la casa ha ocurrido sin duda alguna gravísima novedad: Quizá mi carta esté en manos de Don Pedro; ¿si seré yo el causante de las desgracias de Rosaura? . Más yo la supliqué que me llamara y ella me dice: vete a la ciudad. Luego me dice que va a dar una campanada: este anuncio me horroriza, ¿se habrá resuelto a dar un nó en la puerta de la Iglesia. Ese nó le costaría tres años de tortura que es el tiempo que la Ley la obliga a permanecer a merced de su padre ..... Ella me jura que no será de don Anselmo, y parece que nada han valido ante sus ojos mi adoración de seis años, mi abnegación ha todo encanto que no fuera el de sus gracias, y mi constante padecer durante una ausencia que me parecía de siglos: el término de mis esperanzas y de mi fé ¿ha de ser esa palabra: vete a la ciudad?

No pudiendo deliberar por sí solo, reunió a los mejores de sus amigos y les habló con voz de agonizante, porque entre el enjambre de reflexiones le había asaltado la idea de que el plan de Rosaura fuera nada menos que el de un suicidio. Sus jóvenes amigos vivamente interesados por la suerte de ambas víctimas, después de varios proyectos y tentativas descubrieron que Rosaura estaba constantemente vigilada y que nada se podría hacer hasta el día de la ceremonia, prometiendo estar atentos a la más mínima circunstancia que ocurriese desde la madrugada del 6 hasta la hora del matrimonio.

CAPITULO IV

La mañana del seis de enero no estuvo en consonancia con el luto y la amargura del corazón de Eduardo. Ese corazón necesitaba de un cielo denegrecido, un horizonte caliginoso y una atmósfera funesta, y por desgracia suya a las cinco de la mañana ya se veían distintamente los extensos platanales abrillantados por el rocío; las arboledas que parecían responder con su frescura a las sonrisas del cielo azul: Las ardillas que saltaban; los pájaros que en rica variedad cantaban, silbaban y gorjeaban por todas partes; los hombres y mujeres que entraban y salían afanosos por la puerta de trancas de don Pedro de Mendoza, preparando viandas y bebidas para la boda.

Esta espléndida mañana parecía anunciar un triunfo más bien que un sacrificio.

Un reloj de péndola acababa de dar nueve campanadas cuando una cabalgata de seis caballeros precididos por don Pedro de Mendoza partió con dirección al macerío principal, llevando en su centro a una mujer cuyo velo verde impedía que sus facciones fueran distinguidas. Este grupo entró a la plaza llamando la atención pública y se detuvo en el corredor de una casa de teja: allí ayudaron a desmontar a la joven del velo verde que entró a la sala y pasó sin detenerse al cuarto del tocador.

A las once, la plaza estaba cubierta de gente repartida en diversos grupos. A la voz de, la novia va a salir, estos grupos se condensaron y apiñaron acercándose todos a la casa en donde había entrado la joven de velo verde.

Poco después hubo un movimiento uniforme de admiración, pues se presento algo que parecía una visión beatífica: Era Rosaura con las nupciales vestiduras. Al tocar en el umbral levantó su velo como si le estorbase, y quedó en pública exposición un rostro que no era ya el de la virgen tímida y modesta que antes se había visto rara vez y con gran dificultad. Rosaura mostraba en ese instante no se que de la extraña audacia que se revela en los retratos de Lord Byron. Podía decirse que ya su alma era de pólvora y que bien pronto iba a hacer una explosión.

Mientras los numerosos expectadores desahogaban sus emociones con las voces de: ¡Qué guapa! ¡Qué hermosa! dijo un joven al oído de la novia: estamos armados y venimos de parte de Eduardo a ponernos a las órdenes de usted.

—¡Gracias! Respondió Rosaura y se encaminó al templo en medio del gentío.

En el convento o casa del cura estaba entre otros hombres, un campesino frescachón, como de cuarenta años, de una tes algo percudida, pero con aquella suavidad de facciones propia de los linfáticos: Su barba era negra y espesa; el perfil del rostro se acercaba más bien al círculo que al óbalo, salvo las protuberancias de una nariz bastante ancha, quijada ligeramente arremangada y labios no muy gruesos, pero si muy rojos: sus ojos pardos tenían la vana

pretensión de mostrarse vivarachos; pero en verdad eran sosegados: lo que más le caracterizaba parecía ser una frente ancha, redonda, de piel sudosa, su garganta hiperbólica y su vestuario: este se componía de un frac verde de talle alto, pantalón blanco de royal, corbata baya, es decir, del mismo color de los zapatos, chaleco grande de terciopelo azul y sombrero negro aclarinado. Su sonrisa era esencialmente selvática. Con esta sonrisa y con una voz entre bronca, estúpida y civilante, a causa del defecto de su garganta, dijo este pobre sujeto.

—Ustedes creerán pues que estoy muerto de gusto ¡tontos! no saben que tengo un miedo tan fiero: me parece que me fueran a fusilar.

—Pero si la novia es linda, ¿qué más quiere mi don Anselmo? —replicó otro.

—Mi padre me sabía decir que las lindas suelen ser más ariscas y resabiadas que los potros de serranía, por eso tengo un susto tan fiero.

—En esto se presentó un sacristán vestido de roquete y dijo en alta voz —La novia ha estado aguardando desde las once.

—Vamos, pues, ¡que Dios le ayude, mi don Anselmo! —dijeron todos.

—Amén respondió éste santiguándose y partió.

Media hora después estaban en la puerta de la Iglesia, de pie y colocados en hilera, don Pedro, don Anselmo, Rosaura, una matrona obesa que hacia de madrina y una muchacha con una aljofaina de plata que contenía trece doblones, un anillo y una gruesa cadena de oro.

De frente estaba el cura revestido conforme a ritual: éste entreabriendo un libro que tenía en la mano, se acercó a Rosaura, y con voz gangosa y afectada gravedad le dijo:

—Señora doña Rosaura de Mendoza, ¿Recibe usted por su legítimo esposo al señor don Anselmo de Aguirre y Zúñiga que está aquí presente?

—Nó, nó, nó— dijeron muchas voces, como para alentar a Rosaura: este ruído impidió escuchar lo que ella había respondido.

— ¡Silencio! — gritaron el cura y el teniente: en seguida el cura tornó a preguntar:

—Señora, ¿recibe usted por esposo al señor don Anselmo de Aguirre?

Rosaura con voz firme y sonora respondió:

—Sí, señor, lo recibo por esposo.

— ¡ ¡Qué es ésto! ! —exclamaron muchas voces y el asombro se pintó en los semblantes. El cura y don Pedro se cambiaron una mirada que quería decir: hemos triunfado.

La gente se iba dispersando para no presenciar el fin de la ceremonia.

Cuando el párroco, con gran satisfacción hubo hechado la bendición

nupcial, y el cortejo se encaminaba hacia el altar, Rosaura volvió el rostro, bajó el bestíbulo y se encaminó resueltamente a la casa de donde había salido para ir al templo. Al advertirlo salió su padre y le dijo sobresaltado:

—Rosaura ¿a dónde vas?

—Entiendo, señor, que ya no le cumple a Ud. tomarme cuenta de lo que yo haga.

—¿Cómo es eso?

—Yo tenía que obedecer a Ud. hasta el acto de casarme porque la Ley me obliga a ello: me casé, quedé emancipada: soy mujer libre: ahora que don Anselmo se vaya por su camino, pues yo me voy por el mío.

— ¡Malditas leyes! ¡tiembla infeliz, pues maldiciré a tu madre!

—Ya había previsto esta amenaza; pero no me da ningún cuidado: Dios es justo. El está premiando las virtudes de mi madre, y castigará al que se atreviere a maldecir su memoria. Haga usted lo que quiera.

Don Pedro volvió al templo, pálido y temblando. Un sordo rumor se propaló entre los concurrentes de ambos sexos. El novio y la madrina se habían arrodillado ya en la grada del presbiterio y allí permanecieron como estatuas: el cura cantó su misa con un desentono que movía a compasión y se turbaba a cada paso en las ceremonias.

A la una de la tarde la plaza era una confusa vocería: movíanse los hombres como abejas: todos exponían sus opiniones en alta voz. De repente sobresalió un grito que decía.

— ¡Muchachos! han ido a traer presa a la novia de orden del cura y del teniente. Si la traen a defenderla.

—Sí, sí, a defenderla.

—No la han de traer porque ya le dieron pistolas cargadas y estaba muy resuelta.

—Allí viene, muchachos, a defenderla.

—Al convento, al convento.

Llegó Rosaura en su alazán hasta el vestíbulo del convento precedida de cuatro hombres de a caballo y seguida de la multitud. Estaba encantadora: sobre su vestido blanco de bodas se había hechado una capita grana: su espesa cabellera en dos crenchas flotaba sobre la capa: su sombrerito de jipijapa sostenido por dos cintas blancas sentaba perfectamente en ese rostro encarnado por el calor y animado por la emoción.

—Que entre— gritó una voz.

—Que salgan los que quieren hablarme contestó Rosaura.

—Que entre mandan el cura y el teniente.

—Que salgan, digo y si se tardan me voy.

—Que salgan, sí, que salgan- gritó a su vez la multitud.

Salió un vegete de poncho rojo y cuello aplanchado, ostentando las borlas de su bastón de guayuro: este dijo con voz que tenía pretenciones de terrible:

—¿No sabe usted que la hembra casada a de seguir a su marido porque así lo manda la Ley?

—Cuando mi esposo quiera que le siga podrá irse delante de mí.

—¿Quiere usted hacerse desgraciada causando pesares a su padre?

—¿Le pesará a mi padre que me haya sacrificado por obedecerle?

—Esta muchacha está muy insolente, dijo el cura: Es preciso, señor Juez, que usted la mande a rezar algunos días en la cárcel hasta que cese su altanería.

Rosaura amartilló una pistola de dos tiros y dijo con voz de amazona:

—Señor cura, aquí hay dos balas que irán veloces hasta el tuétano del atrevido que me insulte: quiero descubrir lo que puede hacer el brazo de una hembra como yo resuelta a arrastrar por todo. Una palabra más y volarán los cesos de mis verdugos: quise perdonarlos a nombre de mi madre; pero ya veo que se empeñan en que descargue sobre éllos mi venganza: ¿lo queréis ? pues enviadme a la cárcel.

El cura y el teniente político retrocedieron asustados y Rosaura partió sin que nadie se atreviese a detenerla.

Los jóvenes que la acompañaron referían después, que al coronar una cumbre, la joven había quedado absorta por un rato mirando el paisaje de su pueblo: que había derramado algunas lágrimas, y que pronunciando el nombre de su madre y el de Eduardo, les había dado un sentido adiós.

El cortejo del convento quedó hablando contra los malos libros, contra la educación del día, contra el religioso fundador de las escuelas lancasterianas y concluyó por declarar que el pueblo estaba excomulgado, por no haber sacado la lengua a esa muchacha que se había atrevido a amenazar con pistolas al buen pastor y al juez de la parroquia. El pueblo tomó a su cargo el asunto dividiéndose en bandos encarnizados: unos veían en Rosaura una heroína y aplaudían con entusiasmo la lucidez de su plan y la gracia y maestría con que acababa de efectuarlo. Otros se limitaban a disculparla diciendo que su vida se había dividido en dos secciones; una de educación bajo las inspiraciones de una madre civilizada, y otra de prueba bajo la acción de un padre que no tenía ni remota idea de lo que pasa en el alma de una joven, en quien los nobles sentimientos han nacido, el instinto de la delicadeza se ha pulimentado, la conciencia de la dignidad humana se ha despertado y un amor sin tacha ha presentado la perspectiva de una modesta felicidad. Según estos, la prueba había sido demasiado violenta, superior a las débiles fuerzas de una virgen y esta no había podido menos que sucumbir.

El bando más numeroso era el de los tradicionalistas o partidarios de las fuertes providencias: éstos decían, como el padre de Rosaura, que el hombre ha sido creado para la gloria de Dios y la mujer para gloria y comodidad del hombre; y que, por consiguiente, el uno debía educarse en el temor de Dios obedeciendo ciegamente a los Sacerdotes y los jueces, y la otra en el temor del hombre obedeciendo ciegamente al Padre y después al esposo, y que el crimen de Rosaura debía ser severamente castigado, para bendicta de la sociedad y ejemplo vivo de todas las hijas. Estos acababan siempre por lamentar los buenos tiempos del Rey y por maldecir la Independencia americana y el nombre de Bolívar.

la emancipada

(SEGUNDA PARTE)

CAPITULO V

Al norte de la ciudad de Loja, en la confluencia de los ríos Malacatos y Zamora, está el templo y el caserío principal de las cinco parcialidades de aborígenes que componen la parroquia de San Juan del Valle.

El 24 de Junio, como día del Santo Patrón, se celebraban allí unas fiestas en que siempre a los indios les tocaba la peor parte, pues sus gustos se reducían a trabajar para que los blancos de la ciudad se divertieran. Había misa solemne, procesión, corrida de gallos, y tras esta se satisfacía la taurina pasión de nuestra raza. Preparadas de ante mano las enramadas en los solares y los palcos a la rústica en torno de la plaza, la gente aguardaba con avidez la hora del espectáculo de los gallos que era en esta forma: Se levantaba en la plaza una especie de horca: de la punta superior de uno de los dos palos pendía un cordel, que iba a pasar por una polea que estaba a la cabeza del otro palo, y se prolongaba para ser manejado a modo de columpio de maromero: pendiente del cordel en medio de los dos palos, estaba un gallo vivo atado flojamente de las patas, a una altura que difícilmente pudiese ser alcanzado por un hombre de a caballo. Los caballeros que entraban en la liza, se colocaban a distancia de veinte metros de esa horca o columpio, donde el gallo subía y bajaba según templaban o aflojaban el cordel los que estaban al lado de la polea: dada la señal los caballeros iba partiendo de uno en uno, y al pasar al escape por debajo del gallo, procuraban arrancarle de las leves ataduras que le unían al cordel: el que lo conseguía daba de gallazos a cuantos alcanzaba hasta que le quitaran en buena guerra al mísero animal o acabara este de despedazarse con los golpes que con su cuerpo se descargaban sobre la espalda, la cabeza o las costillas de los jinetes. Tres gallos debían ser mártires de esta barbarie, antes que saliera el primer toro a reemplazar una barbarie lugareña con otra barbarie más clásica y pomposa.

En Junio del 41, la fiesta y procesión habían terminado a la una y media de la tarde. A las dos, los palcos estaban llenos, y las miradas fijas en los caballeros de la liza: varios de éstos se mostraban cariacontecidos y otros disimulaban con chistes o chanzonetas de mal gusto, la verguenza que padecían por haber pasado bajo la horca sin poder arrancar al gallo, porque entre las frivolidades sociales figura la de que la destreza en arrancar gallos el día de San Juan, sea un asunto de gravísima importancia, especialmente si las miradas femeninas están dominando el espectáculo. Después de haber pasado bajo la horca todos los caballeros sin que a ninguno le hubiese cabido el alto honor de dar de gallazos a sus prójimos y merecer por ello el aplauso de las hermosas, iba a empezar de nuevo la corrida, cuando se presentó entre ellos una competidora que dejó absorta a la concurrencia.

En un brioso corcel blanco, entró, fresca y encarnada, con largo vestido azul y sombrerito de paja, la misma amazona que seis meses antes había partido de otro valle intimidando a sus tiranos.

Su presencia en esa plaza produjo una sorpresa animadora: pero la emo-

ción general subió de punto, cuando se vió partir a esta beldad desconocida, pasar bajo la horca, arrancar un gallo, y no descargarlo sobre los caballeros que la galanteaban presentándola sus espaldas para recibir la dicha de un gallazo de sus manos, sino obsequiarlo a una india anciana y andrajosa diciendo:

—Esta ha sido la dueña del animal, y se lo han quitado por fuerza, según la pena con que le estaba contemplando.

—Cierto, ama amía, Dios se lo pague, dijo la india.

Colocado el segundo gallo fue Rosaura por segunda vez fácilmente vencedora, porque los indios que tenían la cuerda, seducidos por la hermosura y agradecidos del acto de piedad de esta amazona, aflojaron de modo que el gallo quedase muy accesible.

—Reclamo la costumbre— dijo un mozo grosero y arrebató el gallo de manos de la joven causándole una leve lastimadura con el espolón y rrasgándole parte del vestido.

Los indios, que con su instinto fino conocen a quien los favorece, y le defienden con salvaje tenacidad, corrieron a pie tras el hombre de a caballo que había lastimado a su bienhechora, le alcanzaron, se prendieron de las riendas y de la acción sufrieron riendasos y gallazos del jinete y de los que acudieron en su defensa, hasta que llegó la joven y dijo a sus vengadores en lengua quichua:

—¡Amigos míos! ¿Créeis que estas gotas de sangre merezcan ser vengadas? no, hijos, éste es un desgraciado como vosotros y como yo: él ha reclamado la costumbre, en la costumbre está lo malo, y ésta viene de muy atrás.

—El te ha faltado al respeto y le hemos de castigar— dijo un cacique.

—El no sabe lo que es digno de respeto; para él solo es respetable la costumbre, y como buen ignorante ha cumplido con su deber.

—Nosotros le hemos de enseñar a respetar a las señoras como nosotros las respetamos.

—Nuestra voz es muy débil, amigos, para enseñar, y nuestra situación muy triste para aprender. Dejad en paz a ese hombre, a quien la costumbre ha hecho ignorante y la ignorancia le ha hecho grosero.

—La letra con sangre entra.

—¡Por Dios! no pronunciéis esa palabra.

Los indios se retiraron; la joven fue conducida al convento; se le vendó la herida y se la hizo protagonista de una ruidosa francachela. Circuló el rumor entre las beatas de que una hereje extranjera se había presentado en el valle por arte de satanás y que había hecho cosas diabólicas.

Después de la fiesta, se la veía pasear sola en su alazán por los alrededores de la ciudad. En determinados días de la semana llegaba a las alturas de San Cayetano y permanecía largo rato mirando la alfombra de púrpura y gualda que forman las dumarides y las caléndulas silvestres. Se asegura que

allí cantaba la canción colombiana La Pola y algún sentido yaraví, acompañándose con el canto de los gorriones, los suipes, los lapos y otras aves, y que al volver a la ciudad cuidaba de apearse a la margen del Zamora, enjugaba sus ojos con un pañuelo y bañaba su rostro con esas aguas frescas y cristalinas.

Habitaba una casita en la calle de San Agustín que era la más pintorezca de la ciudad: tenía a pocos metros la grande acequia que pasa abatir el molino de los Dominicos. La puerta siempre abierta mostraba en exposición permanente un pequeño plantío de espárrago, rosas, jazmines y claveles entre higueras, duraznos y tomates que hacían del patio un bosque y un jardín.

Al entrar la amazona salía un criado a encargarse del caballo; otro estaba en la cocina: estos dos y no más eran su servidumbre: ella subía una grada de madera, llegaba a su cuarto de tocador; cambiaba su ropa de a caballo con otra de trapillo; descansaba por una o dos horas meciéndose en su amaca y leyendo alguna cosa: también tenía sus ratos de escribir. Después arreglaba mejor la veste y el peinado y salía a la sala de recibo: ésta era espaciosa, pero un poco desmantelada, pues había sido antes sala de billar, de modo que la palabra billar llegó a tener una acepción convencional y maliciosa que emvilecía el nombre de la dama y la hacía verter lágrimas secretas de amargura que élla procuraba ahogar en los placeres.

Es cuanto se puede narrar acerca de su vida privada, aunque ciertamente, la mujer a quien alguna fatalidad ha arrojado a la corriente de las aventuras, no tiene vida privada, pues hasta los mínimos incidentes de su casa van pasando de corro en corro con adiciones y comentarios.

CAPITULO VI

El secreto de las tempestades atmosféricas está hasta cierto punto descubierto y explicado porque han sido siempre invariables las leyes de la materia; pero hay otras tempestades misteriosas con instintos y albedrío que si una vez llegan a estallar, no se puede saber cuál será el límite de sus estragos: esta tempestad es la del corazón de una mujer hermosa, de sentimientos nobles y generosos a quien la desesperación ha llegado a colocar en mal sendero: ésta caminará vía recta a los abismos, porque finca su orgullo en no retroceder jamás y en devolver a la sociedad burla por burla, desprecio por desprecio, injusticia por injusticia y víctima por víctima; pero con mayor o menor decencia, según los grados de educación a que ha llegado, pues hasta el vicio tiene su dignidad en las almas educadas.

En Rosaura, las cuerdas con que su padre la había atado al estúpido cauteverio, fueron estrechadas hasta romperse. Un mal ministro del altar la ató con el vínculo matrimonial que también por tiránico e injusto hubo de romperse y se rompió. Un ministro de justicia intentó castigar en la víctima los delitos de los verdugos y élla hubo de detestar a los jueces de su tierra.

Entre la corrupción que tiraniza y la corrupción que halaga no es dudosa la elección para una criatura inexperta y de alma ardiente como Rosaura. Los déspotas y los fanáticos son los que empujan la sociedad a la región del libertinaje.

Esto es lo que debe decirse en vez de descubrir los festines, las orgías y los excesos que en casa de Rosaura iban quedando bajo la jurisdicción de las tinieblas. Basta saber que en los primeros días de septiembre, destinados a la afanada feria del Cisne, se veía a esa infeliz mujer en los garitos, dejándose obsequiar hasta por los beodos de los fijones.

Pasados estos días de gran bullicio la casa de Rosaura estaba siempre cerrada y las noches en silencio. Alguna mudanza sustancial había ocurrido.

CAPITULO VII

En uno de los primeros días del mes de octubre, en que los estudiantes, después de la feria, vuelven perezosamente a sus temidas faenas de Colegio, uno de los cursantes de Optica y Acústica, recibió de su catedrático que era Médico, el estuche quirúrgico y la orden de seguirle para hacer el estudio práctico de los organos de la voz, del oído y la vista; la casa donde llegaron estaba situada a pocos metros del Colegio.

Al entrar vieron en el cuarto del zaguán un grupo apiñado de hombres y mujeres: varios jóvenes de los que componían el grupo habían empalidecido, y la concurrencia en general se mostraba conmovida sin que faltase alguna vieja que dijese entredientes ¡castigo de Dios! ni algún mozalbete que soltase en baja voz sus chansas maliciosas, pues, en todas partes se encuentra cornejas que están siempre de mal agüero y troanes que parecen haber nacido para estar siempre de chunga.

Algunos momentos después, entraron el Alcalde, el Escribano, cuatro peones y una guardia del depósito de inválidos. El Comandante de esta guardia mandó despejar la pieza del saguán: al retirarse los concurrentes se dejó ver echado en tierra sobre una manta vieja y con una luz a la cabecera, el cadáver de una mujer: el rostro conservaba aún la gracia de los perfiles, pero estaba denegrecido: las dos crenchas de su espesa cabellera se mostraban desgreñadas y sin lustre: si el pavoroso efluvio de la muerte no lo impidiera, podría decirse que la barba, la garganta, el seno y los brazos desnudos de esa mujer conservaban aún su póstuma hermosura.

Rosaura iba a sufrir las expiaciones de ultra–tumba.

Los cuatro peones, sin emoción de ningún género, levantaron el cadáver, le sacaron del cuarto, le colocaron sobre una hilera de adobes en la mitad del patio y la desnudaron hasta la cintura.

El médico abrió su estuche, preparó los instrumentos, devolvió el resto al estudiante que estaba a su lado y empezó la operación. Al ver correr cruelmente las cuchillas y descubrirse las repugnantes interioridades escondidas en el seno de Rosaura, de la que poco antes había sido una beldad, un sudor frío corrió por la frente del estudiante: no pudo continuar mirando la profanación sarcástica del cuerpo de una mujer, pues había creído hasta entonces obscura y vagamente que la constitución fisiológica de este sexo debía ser durante la vida, un incógnito misterio, radiante de gracias y de hechizos, y que al morir, estos secretos que tienen tanto de divino para las almas juveniles, no podían ir a hundirse en el sepulcro, sin que antes tocasen las campanas sus fúnebres clamores, se encendiesen los blandones alrededor de un féretro, se entonacen cánticos sagrados y se acompañase con lágrimas y sollozos a la que va en funérea procesión a despedirse para siempre. Apartó la vista de este espectáculo que iba dando muerte a todas sus ilusiones y se retiró, dominado por una especie de crudo desengaño del linaje humano, sin que el dictado de cobarde que se le daba, ni la voz imperiosa de su maestro fuesen par-

te a detenerle presenciando tantas miserias. Más no le fue dado encaminarse a su Colegio porque el centinela le echó atrás, entonces el estudiante dijo para sí solo: "¿Ha de tener tantos enemigos y tantos aparatos este ser al cual la cuchilla acaba de mostrarme como inmundo y deleznable? . Si la mujer, que es la belleza, acaba de espelerme con su repugnante deformidad, con razón el centinela, que es la fuerza, me parece más deforme que el cadáver".

El estudiante pudo en aquel día afirmar por propia experiencia la profunda enseñanza que da la máxima de Pascal diciendo: "Es arriesgado manifestar demasiado al hombre cuanto se asimila a los animales, sin hacerle patentes su grandeza. Es lo más todavía hacerle ver demasiado su grandeza, sin su bajeza, y aún más dejarle ignorar ambas cosas".

Siendo la consigna del Centinela la de que nadie entrase ni saliese hasta que la larga operación de la autopsia hubiese terminado, el estudiante tuvo de entrar en el cuarto de donde la difunta acababa de salir, pues era el único asilo que le quedaba.

Allí estaban la manta y la antorcha funeraria, y cerca de esta hablaban un comerciante y un abogado de Cuenca sobre la injusticia con que se atribuía a su paisano el señor M. . .... . la muerte de esa mujer: para comprobarlo habían relatado algunos antecedentes que ya hemos referido, y leyeron enseguida las cartas y los borradores que se habían encontrado en el costurero de la difunta: estos documentos iban a ser presentados, en caso de que se declarase haber lugar a formación de causa: decían así:

No. 1.— "Quito, 1o. de Septiembre de 1.841

Rosaura, mi antigua amiga:

Si hubo un tiempo en que te hablé el lenguaje del amor profano, otro tiempo ha sobrevenido én que las cosass han cambiado y es necesario que también cambien las palabras.

Cuando pronunciaste el fatal sí en el templo de nuestro valle yo me puse en camino para recibir el sacramento del orden sacerdotal.

Al amor precoz que me inspiraste debí los estímulos que dirigieron por buen camino mis estudios y mi conducta; después me encaminaste por extraña senda a las aras del Padre que nos manda perdonar, y todo lo he perdonado.

Hoy tu antiguo amigo ha llegado a saber que has tenido la desgracia de entrar en el número de las ovejas descarriadas, y se postra desde aquí a hacerte la plegaria de que vuelvas al aprisco.

Tu piensas que te estás vengando de los que te han tiranizado. ¡Infeliz! mira lo que haces.

Reflexiona que ningún mal has recibido de las jóvenes inocentes que pudieran pervertirse con tu ejemplo, y que en ese género de desagravio que has adoptado por sistema, la pena no retrocede hacia los autores del mal

que han sido nuestros mayores, sino que va directamente a las nuevas generaciones que no han tenido ni voluntad ni ocasión de ofendernos.

Hubo un tiempo en que por el delito de un padre se imponía a los hijos y demás descendientes la pena de infamia y de perder todos bienes. ¿Te parece esto justo y racional? No, eso es monstruoso —me responderás; pues eso y mucho más es lo que hacemos cuando un ciego despecho engendra en nosotros la venganza contra una sociedad que creemos viciada o criminal.

Si tu padre, tu cura, tu juez y la mayoría de tus paisanos te han empujado violentamente a los abismos, ha sido porque ellos venían también empujados de otras fuerzas anteriores a que no habían podido resistir. Una ignorancia deplorable más bien que criminal había dado el primer impulso a los defectos sociales de que eres víctima: tu te has entregado al vicio para viciar más la sociedad, burlarte de élla, despreciarla a tu sabor y vengarte de ese modo, es decir, que has cedido al mismo impulso que empujar a tus mayores, y que entonces debe ser a tus propios ojos, tan odiosa como un mal sacerdote, un mal juez y una mala sociedad: algo más todavía: el mal padre, el mal sacerdote, el mal juez y la mala sociedad han procedido por ignorancia e inculticia, y esto es más bien lastimoso que punible: tu recibiste los dones de una inteligencia clara, de una educación dulce, bajo las inspiraciones maternales y un amor puro y leal que dió vuelo y consistencia a los sentimientos generosos. Con estos elementos se forman làs almas fuertes, y en las almas fuertes es un crimen imperdonable al caer en las mismas miserias que forman la triste herencia de los imbéciles.

Lo que haces es además contra tí misma: estás destruyendo tu reputación y tu hermosura. Tú, no crees que te diviertes, por más que lo procuras, porque siempre te asalta el recuerdo de lo que era la inocencia.

¡Rosaura! mi antiguo amor era egoista: quería que fueses mia: quería mi felicidad: ahora quiero la tuya, o que sea tu desgracia menos grave. Vuelve al campo, piensa, reflexiona y allí oirás la voz de Dios en las reminicencias de los consejos de tu madre.- Eduardo".

Seguía un borrador de letra de Rosaura que decía:

No. 2.- "Eduardo.- Yo estaba gozándome en mis triunfos y tú me haces avergonzar. Eres la única criatura ante quien siento la necesidad de justificarme; pero sin ocultar que tus palabras son nuevas tiranías que vienen a perseguirme en el campo a donde la fatalidad me ha conducido. Si mi madre no me hubiese inspirado religión y si tu no me hubieras hecho traslucir lo sublime del amor puro, yo contaría como mis verdugos y mis amantes con el desenfreno de la ignorancia y no vendrían los remordimientos a taladrarme las entrañas.

Más daño me han hecho mis benefactores que mis tiranos: para estos me basta con el odio; para destruir la obra de los otros necesito de vértigos, ofuscamiento, bullicio aturdidor. Concédeme la gracia de guardar silencio

o romperé cañas contigo. Yo no puedo vivir sino de emociones. las emociones son un sueño y no quiero que nadie me despierte.

Tú sabes algo de mi primera educación, pero no lo sabes todo. Mi madre me enseñó a conocer a Dios, llevándome a las colinas de nuestro pueblo y diciéndome con acento cariñoso: "Mira la hermosura de -éstos campos, escucha el cantar de los pajarillos, observa ese cóndor perdiéndose entre las nubes, fija tus ojos en el azul del firmamento, mira ese sol que sale tan brillante, ¿Sabes quien hizo todo esto y nos puso aquí porque nos quiere? —Esto es muy grande y muy bonito, le respondía yo, apostemos a que lo ha hecho alguno de esos reyes que nombra papá sacándose el sombrero. No, hija, esos reyes eran hombres como todos: el que hizo esto es un Espíritu que no se puede ver; pero que te quiere tanto como nadie puede quererte porque es tan bueno que tu no has de comprender su bondad, sino cuando seas más grandecita: es amigo de los pobres, de los niños y de todos los que son buenos: el se pone bravo con los soberbios, con los rabiosos y con los que maltratan a sus prójimos". De este modo iban calando las ideas de mi madre en mi infantil inteligencia. Yo aprendí a adorar a Dios porque era Padre, porque era bueno y porque había hecho cosas tan grandes y tan hermosas.

Mi padre en vez de hacerme amar las cosas santas, me imponía la tarea de rezar como una veintena de padre nuestros y avemarías por centenares cada noche, de modo que lo largo de la faena y la dureza con que se me obligaba a cumplirla me hicieron temible la devoción.

Yo llegué a abrigar el error de que había dos religiones: una pura simpática y divina que mi madre me inspiraba, y otra pesada y odiosa, que mi padre me hacía practicar sin inspirarme ni enseñarme cosas grandes. Cuando veía que el cura de nuestro pueblo mandaba azotar a los indígenas y ponía presas a las viudas que no podían pagar los derechos funerales de sus maridos difuntos, yo decía sin vacilar: la religión del cura no es la religión de mi madre, y día por día iba sucediendo no se qué dentro de mí que me ha ido empujando hasta el punto a que he llegado.

Tú me has escrito en un lenguaje que me hace mucho mal; me hace sentir alguna cosa semejante a la religión de mi madre; pero ya para eso es demasiado tarde. He visto a mis plantas sotanas y cerquillos, y he tenido el capricho de enardecer a los galanes del orden sacerdotal, para luego espelerles con desprecio. Ellos se han vengado subiendo a retratarme en el púlpito con groseros coloridos, sin perjuicio de volver a pedir de rodillas perdón. Yo me creía superior a todos los que delante de mí se posternaban pero cuando tu me dices que te arrodillas me siento humillada y confundida: aquí se rinden a mis plantas para pedirme que me envilezca, para pedirme que sea de ellos, y tú me diriges una plegaria pidiéndome que me enmiende, que me ennoblezca, que sea de Dios. Esto me dice lo que pude ser y lo que soy ¿ por qué me das una herida tan mortal? . Has despertado los remordimientos que yo acallaba con mis triunfos, y me has puesto en tal desesperación que quisiera maldecir-

te: pero veo que aquello sería injusto y a nadie maldigo sino a mi misma .

Eduardo, no vuelvas a escribirme: no temas que me destruya porque cuando esto suceda daré una nueva campanada. Todos los caminos están obstruídos para mí excepto el que voy siguiendo ioh, si pudiera volver a los instantes de nuestra última entrevista! .... Pero eso es imposible. No puedo volver a ser soltera como tú no puedes borrar el carácter del sacramento que has recibido.

Por compasión, no vuelvas a escribirme".

No. 3.- Quito, a 20 de Septiembre de 1.841

"Rosaura: Intentas romper conmigo: me pides que te deje en paz; pero en tú corazón no hay paz y ésta es la que quiero darte a nombre del Señor.

A merced de las antorchas que iluminaron tu niñez, sientes aún remordimientos y te pesa de no poder obrar mejor, creyendo que los caminos de la virtud están obstruídos; pero no, hija mía, aún puedes volver tu conducta hacia el camino que tú madre te trazara.

El levantar una pistola, hacer templar a los imbéciles, resolverse a morir luchando, andar sola por los caminos desafiando los peligros, muestran en tí la triste excitación de un valor desesperado; eso no es el valor racional, no es el valor del alma grande.

Los triunfos del verdadero valor son los que se obtienen desechando lo halagüeño para no hacer más que lo que es justo. Cuanto has hecho hasta aquí, muestra el valor del vaho que se expande al evaporarse. Cuando levantaste la pistola venciste al cura y al teniente, después de haber sido vencida por un ímpetu de furia que no pudiste reprimir, es decir, que no pudiste vencer.- La verdadera victoria la alcanzarías al dejar la bahorrina de los placeres frenéticos para seguir los decentes y racionales.

Para llegar a ese triunfo te bastará reflexionar que las fuentes del placer no tardarán en agotarse y quedarán las heces que son amargas y punzantes: ¿qué harás entonces, hija mía? sentir el corazón estrangulado por las serpientes del ya estéril arrepentimiento.

Mientras más se apuran los placeres, más pronto el alma se debilita: en el alma debilitada se van anidando las pasiones bajas, y vienen tras estas el cansancio y el hastío que son la viva imagen de los infiernos.

Ahora tienes fuerzas todavía y el mejor empleo que puedes darles es el de luchar contigo misma.

A nombre del Padre celestial que adorabas con tu madre, te pido, no un sacrificio sino tu descanso, tu sociego de pocos meses. Retírate de la vida escandalosa: vive oculta hasta la próxima cuaresma, en que iré yo, invocaré la gracia divina y tengo fé en que serán discipadas las tinieblas que hoy ofuscan tú razón, y sentirás reanimado tu valor.

Cederás fácilmente a los ruegos que te hace tu antiguo amigo cuando medites en la fealdad del libertinaje que fomentas con tu hermosura.

Tus galanes creen engañarte y tu crees también que los engañas, y en realidad, éllos como tu sólo se engañanan así mismos, porque se aruinan, se depravan y van perdiendo de hora en hora su excelsa calidad de racionales.

Créeme, hija mía, que los caminos de la virtud están siempre abiertos para tocos.

"Eduardo".

"No. 4.- Eduardo: las desgracias que me anuncias como futuras están ya dentro de mí.

¿Sabes lo que es una feria en esta ciudad? ¡Oh, si hubieras visto cuan hermosa y concurrida ha estado en el presente año! ¡Qué de fisonomías, que de modas, qué de acentos tan variados!

Mira lo que he escrito por divertirme y que hoy rompo desesperada. "9 de Septiembre. Confieso que tienen muy buen gusto los que pintan o escriben cuadros de costumbres: yo también quisiera una pluma y un pincel para el cuadro de anoche con su grupo de dos híspidos de Cuenca, un tozudo puruguayo (riobambeño), un fraile de todas partes, dos crespos de la costa, tres lindos de no sé dónde, un gracioso de provincia y un comandante sin domicilio, que formaron mi cortejo. El gracioso cayó en desgracia de todos porque me hacía reir: al comandante se le calificó de cobarde porque me hablaba de sus proezas: al fraile le traté mejor, porque deseaba que sus compañeros le aborrecieran, y no tardé en conseguir que le dieran su par de sornavirones los híspidos de Cuenca, aunque no tardaron en arrodillarse a pedirle la absolución juzgándose excomulgados. A los lindos los traté como a señoritas y entiendo que quedaron satisfechos. Al tozudo le costó mucho trabajo afectar zalamería; pero ésta estuvo de sobra de parte de los provincianos, que reducían sus galanterías a decirme que eran viles gusanillos de la tierra y que yo era una deidad: ésto no divierte. Los costeños me decían candorosamente: ¡qué venga la música, la diversión, que eso es lo que se quiere! y me parecía bien esta franqueza.

"Día 10.- Ha habido una competencia entre morlacos y costeños que no pude comprender, porque reventaba de risa al oir al guirigay que se formaba al alternarse el acento esdrujulario de los primeros y el puntiagudo de los segundos. El Señooórito de Cuenca y Señoriiíta de la costa hacen un contraste graciosísimo, pues cada uno alarga tanto más su acento respectivo, cuánto más insinuante quiere mostrarse.

Pero dejemos estas frivolidades de un libro de memorias del que no van a quedar ni las cenizas. Baste con decirte que en un lado estaba el portal de los juegos de envite, y en otro el de los grandes comerciantes, aquí los revendedores con sus acatamientos, allí algún dicho gracioso, más acá una fina galantería: músicas, festines, serenatas, obsequios; nada me faltaba; se podía creer que había llegado a satisfacerse la amplitud de mis aspiraciones; pero algo tenía dentro de mi que me excitaba a llorar.

Después la ciudad ha vuelto a su genial silencio, y mi alma se ha tonado en un arenal desierto, tostado por el sol del arrepentimiento y removido por los vientos del desengaño; en este vasto arenal la imagen de lo pasado se levanta como un espectro.

Tengo vergüenza de mi misma, me aborresco de muerte y no sé cómo he de vengarme. Antes de nueve meses he recorrido un siglo de perdición.

He pulsado mis fuerzas y me siento incapaz de postrarme a ser oída en penitencia por los mismos a quienes he repulsado con desprecio. Solamente ante tí me arrodillara; pero entonces los sollozos no me darían lugar para acusarme y no podria menos que encenderme en un amor ya imposible, en un amor desesperado.

He causado muchos daños que no habría conocido sin tus cartas: es preciso que el escándalo termine juntamente con la vida antes que tú vengas a anonadarme.

Adios, Eduardo".

Sin ningún signo de compasión y caminando directamente hacia su objeto, el abogado continuó deciendo:

—A estas cartas que dan indicios vehementes de un suicidio se agrega lo que dicen unánimemente los declarantes, a saber, que ésta señora, estando con fiebre y con otras enfermedades, convidó para un paseo a unas veinte personas, casi todas de la plebe: comió como desesperada, frutas y manjares que le hicieron daño: apuró licores por primera vez, porque antes aunque era alegre no debía: y así ahita, embriagada y casi delirante por la fiebre, entró a bañarse a las seis de la tarde en el agua helada del Zamora. A las once de la noche el apoplético la mandó a la eternidad.

Como esta relación estaba más terrible que la presencia del cadáver, el estudiante salió a buscar un aire más respirable que el de ese cuarto, y se encontró con el espectáculo de los peones que estaban recogiendo en el ataúd trozos de carne humana engangrenada.

Allí estaba exsangüe y despedazado el corazón que había hecho palpitar a tantos corazones.

Por la tarde cuatro indígenas pisoneaban una sepultura y los curiales daban por terminado el sumario por no haber lugar a formación de causa. He aquí el fin de la que fue Rosaura.

El cura que había causado la perdición de esa mujer, cuando supo su muerte subió al púlpito y platicó patéticamente sobre las desgracias que traen consigo la desobediencia a los padres, el desacato al sacerdocio y el irrespeto a los jueces. Don Pedro volvió a su tema de atribuir la muerte de su hija a las modernas instituciones. Don Anselmo se vistió de gala el día que le fue dada la noticia de su viudez. El presbítero Eduardo aún conserva respetuosamente las dolientes memorias de esa víctima. El estudiante no ha perdido de vista lo horrible del espectáculo que tuvo delante de sus ojos y ha apuntado sus recuerdos veinte y dos años después de los sucesos.

F I N

DISCURSO

pronunciado por el doctor

MIGUEL RIOFRIO

en el cuarto aniversario

DE LA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA ILUSTRACION

En el Convictorio de San Fernando

de

Quito

El 4 de noviembre de

1849

Señores:

La Sociedad de Amigos de la Ilustración en sus tareas y en sus recreos procura infatigable la mejora intelectual de los asociados. Para llenar este objeto importantísimo ha dispuesto en sus bien meditados estatutos que sus festividades sean celebradas con mentales exhibiciones y que el aniversario de su instalación sea solemnizado por los pensamientos del socio que ella elija.

Este artículo filantrópico y social es el que nos ha reunido en este público establecimiento y, el que me ha colocado en esta tribuna respetables.

La filosofía, la espiritualidad y la pureza de esta disposición exigen imperiosamente que para excitar, Señores, vuestras gratas emociones, para llenar debidamente la misión difícil que se me ha confiado y para dar alguna solemnidad a este acto literario, no se nos presenten mentidos cuadros de un pasado próspero o de un halagüeño porvenir. Bien conozco, Señores, vuestra rectitud y severidad; bien sé que miráis con indiferencia los fantásticos retratos, que no encontráis placer, sino cuando escucháis la verdad, ni prestáis vuestra atención, sino a aquellas observaciones que emanan del amor patrio y son encaminadas por cálculos exactos que la experiencia confirma y la razón aprueba.

Ardua y difícil es la empresa: fuerte y poderoso es el deber: yo procuraré llenarlo; pero tomad en cuenta el olvido en que ha yacido la juventud ecuatoriana, para que recibáis mis puras intenciones y no esperéis de mis labios esas verdades luminosas que están reservadas para mejores tiempos.

Las más perceptibles relaciones que median entre la Literatura y la Política; sus recíprocas y más urgentes necesidades: sus mutuos y más precisos deberes serán los puntos que en estos cortos momentos ocuparan vuestra atención y mis esfuerzos.

El pueblo modelo de los antiguos tiempos, el pueblo, gobernado directamente por la Divinidad, estaba administrado por los Profetas que, entre sus cánticos inspirados, anunciaban a las tribus los preceptos del Señor. La poesía era entre los hebreos el órgano de las leyes.

En los tiempos democráticos de la Grecia era la elocuencia el medio más seguro de gobernar.

En Roma, el gran Mecenas rodeó de poetas y Filósofos el trono de Augusto, y la paz y la dicha de la nación romana hicieron proverbiales esos tiempos, a pesar de haber sido esos los momentos en que Roma perdía su libertad.

Es pues indudable, Señores, que cuando la literatura dirige a la política los gobiernos se sostienen por el poder del pensamiento. Cuando la política marcha aislada y tenebrosa, solo puede sostenerse por la fuerza de los sentidos. En el primer caso domina el ser intelectual, en el segundo solamente la sensualidad.

El imperio del pensamiento eleva y ennoblece la condición humana; el dominio de los sentidos la degrada y envilece.

El que gobierna por medio de los sentidos necesita favorecer las preocupaciones, sostener los malos hábitos alhagar las costumbres abusivas, fomentar los vicios y disimular los crímenes. Al que gobierna por medio del pensamiento le es de necesidad dar vuelo a la literatura y honor al genio. El Gobierno del pensamiento es seguro, estable y progresivo; el Gobierno de los sentidos es débil, efimero y destructor.

En Francia la literatura minó el Imperio y preparó el Gobierno republicano; invadió, tumbó, destruyó la Monarquía y formó la República. En las naciones Sud—americanas cayó el Imperio y se formaron las Repúblicas, antes que la literatura las hubiese preparado.

En la República francesa los restos del despotismo excitan, estimulan, comprometen a los sentidos de un pueblo susceptible y necesitado; la literatura sufre la influencia de los partidos y de aquí sus peligrosas oscilaciones, de aquí su inquietud constante, de aquí sus vaivenes y sus contínuas turbulencias. En las Repúblicas Sud-americanas la falta de literatura nacional ha mantenido a las masas populares en sus hábitos de abyección y han sido la presa de soldados ambiciosos.

En Francia, cuando el poder de un genio levanta la voz de la Filosofía y su eco resonante contenga el furor de los partidos, entonces principiará la quietud y bienestar de la República. En Sud—américa, cuando los partidos se unan, se armonicen los poderes y den vuelo a la literatura, las Repúblicas entran en su carril y sentirán su bienestar. . Sí, Señores, entonces sentirán su bienestar; porque en Francia la literatura creó un poder para que la sostenga. Y en América los poderes están en la necesidad de crear una literatura para que los dirija.

Demostraré, Señores, esta necesidad continuando la comparación.

Las sorprendentes peripecias que, conmoviendo a las naciones las hacen mudar de aspecto político, moral y literario se han repetido muchas veces en la Francia y, las sangrientas huellas de los pasados estravios han sido analizadas por el Filósofo, lamentadas por el Poeta lírico, puestas en escena por el Poeta dramático, escuchadas por un pueblo inteligente, ridiculizadas por el escritor de costumbres, materializadas por el artista y correjidas por el Político; desde los primeros bosquejos hasta los últimos esmaltes de la perfección social son, pues, en Francia puras emanaciones de su literatura amena, variada y libre sobre todo desde que se la declaró contra las bárbaras matanzas de una revolución inconsulta y prematura, ya la Francia no teme la apa-

rición de un nuevo Robespierre.

También las naciones americanas han sido fuertemente conmovidos; violentos sacudimientos, notables transformaciones se han operado en su política; han pasado de la barbarie a la esclavitud, de la esclavitud al fanatismo, de este a la independencia, y últimamente cantaron los Himnos de la Libertad. Pero cada transformación ha dejado trazas más o menos pronunciadas de su origen primitivo; así es que las Repúblicas americanas son al presente un híbrido conjunto de los restos de barbarie representados en los selváticos del oriente; de la humillante esclavitud representada en los degradados africanos que gimen aún en los ardientes valles, en las cimas cavernosas y en los férreos peñascos donde se hallan incrustados los metales opresores. Los restos del fanatismo son más perceptibles todavía, porque la época de su aparición fue casi la misma de la esclavitud y la época de la reforma será contemporánea con los progresos de la literatura. La independencia fue una era gloriosa para la América; pero las glorias no saben apreciarse debidamente por las naciones que se hallan en su pubertad. Los sentimientos de libertad hicieron latir los corazones americanos; el amor patrio les dió resolución para ser libres, el honor les infundió valor y constancia para obtener la victoria y el deseo de gloria ha podido sostenerla imperturbable; pero la falta de literatura nacional ha impedido que los sucesos pasados sean lecciones para lo futuro, ha influído en que los hábitos de abyección sean todavía demasiado perceptibles y que los efectos de la libertad no sean tan positivos como los pintan las teorías.

Reconocidas están, Señores, la acción y la reacción recíprocas que se operan entre la literatura y la política. La forma de Gobierno, las creencias y aún los vicios de las naciones se pintan en su literatura y en las tendencias, los conatos civilizadores emanan de ella; su misión es la de crear y perfeccionar; pero estas leyes, estos efectos que le son característicos están sujetos a ciertos accidentes eventuales a ciertas plagas que interrumpen su curso natural o al menos lo estragan y debilitan.

Algunas de estas funestas causales han existido indudablemente en nuestro suelo para que en las épocas transcurridas no haya tomado la literatura americana un carácter que le sea propio y peculiar, para que no haya adquirido todo el vigor y la sutileza necesarios a fin de penetrar en las masas populares y destruir sus malos hábitos, y para que no se haya convertido en un poderoso auxiliar de la política. Estas causales pueden ser muchas, puden ser muy complicadas; pero la que se presenta de lleno, la que se ostenta en todas sus faces, y emplea toda sus fuerzas contra el progreso nacional es la división de partidos que ha cundido en toda la América . . . .

Sí, Señores, la división de partidos es la celada donde caen, se enredan, y se abruman los talentos, es la atmósfera densa en donde se ofuzcan los albores del genio; es la zona glacial donde se entumece el patriótico entusiasmo; es el ballado que contiene los vuelos de progreso.

Los marciales instrumentos de una victoria portentosa hicieron resonar

la citara de Olmedo; la matanza alevosa dispuesta y ejecutada por un caudillo de partido produjo el estravío de este genio colosal.

El amor patrio inflamó a Rocafuerte, habló, y el Ecuador se lanzó contra el Tirano. Las maléficas influencias de bandos subdivididos empañaron sus nacientes glorias y sumieron a la Patria en nueva esclavitud.

Estas trágicas escenas se repetirán muchas veces en el suelo americano, mientras los furores de partido hagan desconocer el norte seguro a donde deban nuestros pasos encaminarse.

Y como los partidos políticos tienen por territorio toda la superficie del Estado, ellos son representados en los Congresos por Diputados de su propio seno, ellos difunden su aliento venenoso por los campos y los mares; ellos encuentran sus broncos, confusos y desacordes ecos en las tabernas y en los talleres; ellos vuelven sus fatídicas miradas a las aspirantes preocupaciones del proscrito feudalismo; ellos se introducen en las casas monacales; ellos resuenan en los templos y en las juntas populares; es por esto que la confusión en las ideas, el trastorno en los principios, la supertición en el culto y el atraso en la literatura son males que se sostienen y se perpetuan en nuestros míseros pueblos.

No puede el genio obedecer a las inspiraciones que le agitan, porque sus convicciones, sus éxtasis y los ímpetus del númen reflectarán ideas mezquinas o irán a chocar con las pasiones dominantes de un partido enfurecido, de un partido que procura amortiguar la vivacidad de los talentos, si los talentos le son adversos; de un partido que para oscurecer glorias espléndidas y anonadar a sus rivales saca de si mismo los elementos de venganza, da pabulo a las decadentes preocupaciones, entra sacrílega en los templos sagrados, invoca prácticas abolidas, punza la conciencia de los devotos, promueve la alarma de los ignorantes y apaga en un todo las antorchas de la civilización que empiezan a alumbrar escasamente.

En este torbellino de opiniones encontradas y de pasiones encandecidas, la voz del genio es escuchada y aplaudida por un partido y despreciada y vipeliada por el adverso, estas dos fuerzas que obran en sentido opuestos tienden a dejar en quietud infame y en inercia perjudicial a los jóvenes que tímida y moderadamente ponen a prueba sus lánguidos ensayos.

Y aún cuando el estro opere su relación no puede reflectar ideas grandes y magnámines, porque el espíritu del siglo encuentra fuertes y poderosas resistencias en las masas populares resisten tenazmente, porque la divergencia de intereses que mueven a los partidos desvirtuan la eficacia de la filantropía, llamando la atención de los hombres pensadores y separando sus miradas del punto cardinal que el siglo les señala.

Y el atraso continuará y los sufrimientos de los pueblos se prolongarán, sin un esfuerzo patriótico; un esfuerzo vigoroso, una resolución generosa de las asociaciones no se sobrepone al torrente de las preocupaciones y a los furiosos embates de la ignorancia, a esos embates vivamente impelidos por la

fuerza motriz de los partidos.

Los armónicos acentos de la poesía, no pudiendo resonar al aire libre, quedan ahogados en el corazón del vate y este puede apenas exhalar algunos destellos de su mágico poder. La libertad del pensamiento y la expansión del genio son los caracteres dominantes de la moderna literatura; si los partidos coartan la libertad y reprimen los torrentes del genio, las tendencias van directamente a favorecer al Gobierno de los sentidos y desde entonces ya nada hay que esperar.

Es por esto que la misión actual de las asociaciones literarias debe ser heroíca y constante, debe entregarse a todos los ramos de la literatura y confundir con sus epígramas a los hombres indolentes que, lejos de extender una mano protectora, extiende la guadaña fraticida.

Pero, siendo una ley constante de la naturaleza que la primera época de la vida reciba su incremento de ajenas manos, de manos poderosas, para que llegado el tiempo de su decadencia reciba a su vez el protector ya caduco los auxilios del más fuerte, los Gobiernos americanos por su propio interés están en la necesidad de dar vigor y movimientos a las producciones literarias que empiezan a fulgurar con luz remisa. Una vez impulsado el vigor de los talentos, una vez que hayan tomado existencia los agentes de la civilización, ellos sabrán sostenerse por si mismos y los Gobiernos que han sido sus tutores recibirán los auxilios vigorosos de sus pupilos ya robustos y emancipados.

Las asociaciones literarias mirando de lejos la política del país han procurado ensayarse en las grandes empresas, en aquellas empresas que llevan los preceptos de la moral, los encantos de la religión, la dulzura de las costumbres y la pureza del amor entre los acentos misteriosos de la poesía, entre las composiciones de recreo, entre las seductoras representaciones que con la risa y el llanto promueven el gusto más inocente y difunden entre sus hechizos la instrucción más deleitable y la civilización más esmerada. Pero sus esfuerzos han sido vanos; porque los partidos desdeñan estas piezas civilizadoras, y bajo su apoyo, la supertición las condena, la multitud las repele y la juventud sucumbe ante el cuadro funesto que a su vista se presenta.

Si la desunión y los partidos son el cáncer de la literatura y del progreso en general ¿cuáles serán los medios adecuados para que este mal desaparezca? . Para que surja la literatura son necesarias la unión y la paz entre los asociados y para que haya paz y unión es necesaria la literatura.

Los gérmenes de discordia se arraigan de día en día; la transición en que se halla el mundo de las antiguas rutinas a las nuevas prácticas, no es una crisis momentánea que se opera con celeridad; necesita estímulos y agentes para llegar a su fin; activar estos estímulos y crear estos agentes debe ser la primera medida que adopte un buen Gobierno. La división de partidos es un obstáculo para la literatura; y es la misma literatura auxiliada por un protector poderoso la única que pueda allanar ese obstáculo después de superarlo.

Los crímenes y los delitos pertenecen al dominio de la legislación; ella

prescribe y sanciona las penas correspondientes; pero todos aquellos abusos que sin llegar a ser formales crímenes minan sordamente las bases de la política y de la moral y les prepara una ruina inevitable; sólo pueden ser reprimidos por medio de la literatura.

El imprudente escritor que a fuerza de patriotismo procura su engrandecimiento con mengua del público interés; los aristarcos y demagogos que buscan su timbre y sus blazones en vociferar contra patrióticos y bien constituídos Gobiernos; el egoísta miserable . . .; el hipócrita infatuado que oculta sus netarios vicios con rústicos zayales; el usurero detestable que vive de los ayes y sollozos del necesitado; el estúpido avariento que invade a la religión y a la política para acrecer inútilmente sus míseros tesoros; la mujer infame que ha profanado incauta sus gracias inestimables, y todos aquellos que directa o indirectamente se estravían de la senda que la sociedad adopta para marchar segura, debían ser puestos en escena y presentados a la risa pública para evitar de ese modo su contagio pernicioso.

Pero el drama se halla proscrito de nuestro suelo y el vicio y el abuso pueden señorearse impugnemente. El Gobierno Ecuatoriano que proporcionara a su pueblo esta escuela delietable de costumbres, habría dado un paso gigantezco en la escala de los adelantos sociales; allí aprendería el mismo a conocer los resortes del corazón humano, allí vería los caracteres dominantes de sus compatriotas, allí vería cimentarse su poderío, siendo justo y arreglado; o vería anticipada y oportunamente su caída inevitable, si fuese injusto y ostinado en los abusos.

La historia del teatro es un exacto y prodijo apuntamiento de la historia del universo en general y cada nación en particular; la pureza y el abuso se han ido sucediendo periódicamente; entre los griegos y romanos el teatro nació débil y candoroso como los niños; recibió su incremento, se puso fuerte y vigoroso como la juventud, abusó de sus fuerzas y se extravió como ella; caducó y en fin ha tenido que alimentarse por extrañas manos, como sucede en la vejez. En la época del cristianismo, el teatro nació en los templos; pero era estólido y profano, y el celo religioso se vio en la necesidad de condenar con severas penas los espectáculos teatrales, porque eran licenciosos y corruptores. Una reacción emanada de la moral más pura dio nueva vida a los teatros, los revistió de nuevos y variados caracteres y desde entonces la filosofía de la religión ya no retrocedió ante estos espectáculos inocentes, instructivos y seductores. Así es que en los países adelantados los teatros son la escuela de la moral, de la cutlrua y del buen gusto; más en los países superticiosos la memoria de una prohibición caduca ha permanecido fija e indeleble y la idea de teatro recuerda las ideas correlativas de las quimeras y fantasmas que se crearon en la edad media, se conservan aún en las roídas páginas de olvidados libros, pululan entre los ignorantes y tienen un ascendiente misterioso como las máximas del fatalismo, como los mágicos agüeros y como las proféticas apariciones de los horóscopos celestes.

Estas falsas creencias, estos mezquinos temores desaparecían con la presencia halagüeña de la escena misma, y cuando el gusto por el teatro se hubiese generalizado, el público todo contribuiría eficazmente a enfrentar a los perversos con la risa, con la execración y el desprecio; porque vería ciertos retratos en la escena y en los efectos del idealismo serían aplicados a los positivos originales que corrompen la sociedad.

También las novelas filosóficas y de costumbres son un poderoso auxiliar para contener a los hombres en el deber, para estimularlos a la virtud y hacer temible y detestable el vicio; pero en el Ecuador no hemos visto todavía un solo ensayo de este género con que la Nación pudiera honrarse, y la época de que se ostentan estas piezas civilizadoras no ha llegado aún, porque todo lo absorve y esteriliza la política y muy especialmente la hidra de los partidos.

Pero es indudable, Señores, que también la literatura está sujeta a los más deslesnables extravios, también ha pagado su tributo al torrente de las pasiones inmoderadas, también ha lacerado la moral alhagando a los sentidos, también ha descendido desde el Olimpo hasta arrastrarse en la inmundicia, también se ha deslizado hasta llegar a la impiedad, también se ha convertido en instrumento de muerte y desolación, también ella, entre sus poderosos atractivos, puede volcar Gobiernos bien formados y conducir al desorden y a la anarquía.

La acción del pensamiento, en países inteligentes, es una fuerza proyectil, un mágico instrumento que obra con eficacia y con sorprendente celeridad; un discurso cedioso vigorizado con los rayos de la elocuencia, un libelo subversivo inflamado por los secretos de la bella literatura, una poesía indiscreta, pueden producir estragos peores aún que los aciagos destellos de un mal Gobierno.

"El abuso de lo mejor es lo peor de los abusos" se ha dicho con ingeniosa exactitud; pues el abuso de la literatura puede traer consecuencias más trascendentales que el abuso del poder.

El cuadro funeral que nos presentan los abusos de la literatura nos hacen sentir una vital necesidad, la necesidad de cejar estos abusos y llevar la literatura por su verdadero carril. Crear un tribunal de censuras para coartar su libertad sería dar un paso retrogrado, despótico, inícuo y temerario; dar leyes que repriman la acción del pensamiento sería querer contener la bajada de un rayo que se ha desprendido de las nubes; negar la protección al fruto de los talentos sería templar más y más el arco que debe arrojar la moral saeta. El pensamiento, como el calórico, se desprende y revienta tremebundo cuando se halla comprimido. Todo medio represivo no es más que un feroz desvío; el pensamiento solo puede ser contenido por el mismo pensamiento, sin coacción ni fuerza material.

Más puédese preguntar ¿y el Gobierno que favoreciera los progresos de la literatura no se espondría a la explosión de sus abusos? ¿y este sólo argu-

mento no destruye cuando queda demostrado sobre la necesidad en que se hallan los Gobiernos de proteger por su propio interés los adelantos literarios? . El acierto consiste las más veces en adoptar el medio entre los extremos y el medio entre las ventajas y desventajas mencionadas existe en el seno de las asociaciones; en el conjunto de inteligencias, de temperamentos, de caracteres y propensiones movidos por el interés común, las probabilidades están por el acierto. Este conjunto, esta variedad solo ofrecen las patrióticas Asociaciones; allí por medio del convencimiento y de la persuación, se contienen los arrebatos del irasible, se morijeran las tendencias del voluptuoso, se crean estímulos para animar a los imbéciles y siendo la discusión la base primordial de los institutos sociales, ella les conduce al acierto y a la adquisición de la verdad; y entonces ya nada hay que temer, sino al contrario hay mucho que esperar.

Diríjanse las miradas del Poder a las asociaciones y se habrá sostenido el progreso literario; no pierdan de vista las asociaciones al Poder, organicen sus sistemas, huyendo siempre del vil servilismo y de la turbulenta demagogia y entonces las asociaciones sostendrán en su Gobierno los verdaderos intereses del pueblo libre.

A los poderes corresponden preparar el teatro, y, es deber de las asociaciones llenar y decorar la escena.

Cumple a los poderes plantar el árbol de la paz, de la unión y fraternidad y a las asociaciones corresponde cultivarlo y arraigarlo sólidamente.

Procuren marchar en orden y armonía el Gobierno y las asociaciones y entonces la literatura y poder nacional sabrán recíprocamente sostenerse.

Si la juventud quedare abandonada a la merced de sus propios impulsos, los Gobiernos tendrán un rival festivo, travieso y de alarmante vivacidad; si se la desprecia, verásela convertida en enemigo inmoral y belicoso; si se la favorece en individualidades superficiales, veráse la Nación plagada de presuntuosos y envanecidos; si se la oprime reventará contra el opresor; si se la mima con efímeros alhagos, se la verá muy presta débil y afeminada; si se la preocupa y fanatiza, se la tendrá servil y envilecida; contémplesela asociada y se la tendrá laboriosa, hónrese sus producciones y se la tendrá patriótica y literata.

La libertad y la juventud son plantas que sólo pueden cultivarse regando y limpiando sus contornos; pero sin las persecuciones de una tosca podadera, porque si esta las invade, o se vician o se destruyen.

Pero concretemos al fin nuestras miradas al establecimiento, cuyo cuarto aniversario tenemos la honra de celebrar.

La última página del despotismo en el Ecuador es la primera de nuestra asociación literaria. Los destellos de la libertad penetraron en nuestros corazones, les dieron expansión y movimiento, les hicieron vislumbrar los arcanos del porvenir y su aspecto seductor les inspiró la resolución de asociarse.

Unos mismos principios, los republicanos, se profesaban por la mayoría del Ecuador; unos mismos sentimientos, los del patriotismo, conmovía a toda la República; un mismo anhelo, el del progreso, ha inflamado a las grandes almas; estos grandiosos móviles pulsaron a la juventud de esta capital y dieron existencia a la sociedad de AMIGOS DE LA ILUSTRACION.

La Sociedad de Amigos de la Ilustración es por consiguiente un reflejo de nuestra transformación política, un monumento de las glorias nacionales, la crónica de la libertad ecuatoriana y un elemento para el progreso literario de nuestros países.

La Sociedad de Amigos de la Ilustración recibirá directamente y reflectará a su vez el necesario ambiente de la variable política y su futura vida será incierta y vacilante, si incierta y vacilante fuere la suerte de nuestros pueblos; será vigorosa y animada, si el soplo vivífico de los poderes públicos llegase a poner en actividad y movimiento a sus compatriotas será lánguida y medrosa, si en su recinto silencioso llegasen a penetrar los maléficos efluvios de los partidos políticos; será funesta y melancólica, si la miseria de sus compatriotas se ofreciere a excitar su compasión y a sumerjirla en lúgubres meditaciones; abandonará sus institutos literarios y empuñará las armas, si el despotismo osase levantar su cabeza aterradora, y su misión a sus instintos serán siempre reaccionarios y progresistas.

El origen de la sociedad ha sido expontáneo, honroso, puro y espléndido; sus medios se hallan reducidos a sus esfuerzos personales; sus objetos son grandiosos y magnánimos; sus fines son problemáticos; pero no serán indignos de ella, ni de la Patria por quien existe, ni de ese PORVENIR por quien trabaja.

La sociedad sabe lo que es, ignora lo que será; pero se ha estudiado así misma . . . se ha conservado y sostenido por su propio honor, ha servido al país por patriotismo; y por tan justas causales tiene el derecho de esperar. . . se halla identificada con el pueblo y, esta circunstancia le da el derecho de pedir . . . profesa la justicia y tiene por tanto el derecho de proclamarla; es enemigo de los abusos y, con los auxilios de la razón está en el deber de combatirlos; procura la ilustración y no debe por lo mismo respetar las preocupaciones oscurantistas. LA SOCIEDAD ES INDEPENDIENTE, PORQUE ES DEMOCRATICA; ella ama y respeta las instituciones patrias y procurará su triunfo, su estabilidad y perfección; ella yace oculta y retirada porque sus procedimientos son moderados; ella aparece de tiempo en tiempo, para que no se crea que su existencia es siniestra y misteriosa; ella existe, porque conoce la utilidad de su existencia; ella marcha impertérrita porque ha aprendido a despreciar los fútiles temores.

Cuando crece su número se aumentan sus esperanzas; cuando este disminuye apura el vigor de sus esfuerzos, y jamás separa sus miradas de su gobierno y de su Patria.

Para la Historia del Ecuador

Publicamos el presente documento, por considerarlo de suma importancia, ya para los eruditos, que apenas lo conocen por referencia, y ya para cuantos admiran la prócera personalidad del fundador del Liberalismo en nuestra Patria, ya también como un homenaje a su autor, injustamente olvidado por las nuevas generaciones. Iniciamos con ésta, la reproducción de algunos papeles interesantes para la historia nacional y cuya consulta es actualmente muy difícil de verificar por su rareza.

DON PEDRO MONCAYO

BIOGRAFIA ESCRITA EN LIMA EN 1872, POR EL DOCTOR MIGUEL RIOFRIO

I

Este nombre bien sonado desde el año de 1833 está unido a todos los acontecimientos notables que han ocurrido en la desgraciada República del Ecuador.

No tenemos datos precisos sobre la fecha en que Moncayo vió la primera luz en el bello horizonte que domina la fértil provincia de Imbabura, ni los años en que recibió con lucimiento de la Universidad de Quito sus grados académicos. Pero a quien no escribe una biografía sino un rápido recuerdo, le basta saber que su vida política empezó con la república ecuatoriana y con ella va siguiendo su serie de triunfos y de martirios.

En 1830 el candor juvenil del estudiante Moncayo recibió impresiones de aquellas que no se olvidan durante nuestros días y que aún después de ellos dejan en la historia sus huellas indelebles.

Colombia conmovida desde sus quicios empezaba a derrumbarse. Entre los caudillos, el ejército y los pueblos, movidos en direcciones contrapuestas por el soplo de las pasiones, se introdujo la confusión y estallaron revoluciones por todas partes.

Cada corro revolucionario tenía algún protagonista ambicioso y algún intrigante a su cabeza. Las glorias de Colombia, después de haber coronado las cimas más encumbradas, parecía que empezaban a caer desvanecidas. Desde que los caudillos victoriosos menospreciaban sus laureles cambiándolos por el oro de las magistraturas y maltratandolos con soberbias aspiraciones, los pueblos volvían a entrar en las calamidades de que habían creido libertarse. Y si las victorias alcanzadas no eran ya para el bien de todos, sino para el sólo provecho de los vencedores armados; los que había parecido gloria se veía convertido en egoismo.

Sobre estas deplorables miserias que eclipsan nuestra historia, se levanta radiante un genio superior —el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre— El pronunció ciertas palabras que inspiraron a Moncayo, formaron su carácter y le dieron el tema a cuyo desarrollo ha consagrado toda su vida.

Enviado Sucre por el Congreso Admirable a entrar en arreglos con los separatistas de Venezuela, les dijó con su sinceridad característica, que los malos públicos emanaban *no de lo que se ha llamado despotismo del Libertador, sino esencialmente de la misma revolución y del despotismo de una aristocracia militar que aprovechando el mando en todas partes hacía gemír al ciudadano con absoluto olvido de sus garantías y derechos.* En este héroe que se mostraba en las alturas de la verdadera gloria defendiendo a los pueblos subyugados y a Bolívar, en decadencia era en quien el Ecuador fundaba sus esperanzas; pero la aristocracia militar había llevado su libertinaje hasta el extremo de no temer el más negro de los baldones dando muerte alevosa al genio que parecía creado exprofeso para perfeccionar como filósofo, lo que a la diestra de Bolívar había hecho como guerrero.

La muerte de Sucre dejó triunfante a la aristocracia militar que fundó en el Ecuador sus condados y señoríos disfrazados con nombres republicanos. Pero así como de la sangre del héroe surgió la presidencia del General Flores, así también, de su palabra, de su verbo, nació el partido liberal que se muestra providencialmente vínculado en la pluma de Moncayo.

Pocas, pero bien acrisoladas fueron las almas que en aquellos tiempos de apocamiento general tuvieron valor y despejo para oponerse a la usurpación y alzarse sobre el vulgo de los aduladores.

En tanto que la prensa oficial se ocupaba de fortalecer el sistema de gobierno militar anatematizado por Sucre; Hall, discípulo del publicista Bentham, Zaldumbide, Sáenz, Echanique y entre otros jóvenes, el entusiasta Moncayo, se reunían en sus catacumbas para dar el paso atrevido de fundar la imprenta libre.

Las primeras denunciaciones de crímenes cometidos por testas encumbadas, exasperaron a los acusados, y proporcionaron a Moncayo el lucimiento de su valor e inteligencia, obligándole con la persecución, a comprobar ante un jurado enemigo la verdad de los hechos denunciados.

Después de este triunfo era imposible que al joven orador se le dejara respirar libremente en atmósfera de tiranos. Las persecuciones, se encrudecieron, y Moncayo fue extrañado de la patria; escapando con vida de las garras del cadalso. Debieron ser terribles los momentos en que vió las punterías de los fúsiles próximos a despedazar su cabeza pensadora y sus patrióticas entrañas. Quizá invocaria en ese trance que se le mostraba como final, la sombra augusta de Sucre a quien iba a acompañar como víctima de los mismos asesinos y mártir de los mismos principios. Pero por pavorosos que le hayan sido esos instantes, no son ellos los que más le amargan y entristecen. Sus peligros y martirios personales parece que le llenan de modesta satisfacción. Lo que atormenta su memoria es el recuerdo de la serie de desgracias que han afligido a la patria, y la lista numerosa de amigos suyos que han sido sacrificados.

Lo que acabamos de apuntar no cierra ni aún el primer período presidencial de Flores. Lo que entonces sufrió Moncayo, no fué más que el preliminar de las tragedias qúe se han venido repitiendo hasta después de la última revolución de García Moreno. Vamos a hacer de ellas una rápida reseña, pues nos alargariamos demasiado si entrásemos en pormenores.

II

Al recibir Bolívar la horrenda noticia del asesinato de Sucre, nos dice la historia, que exclamó sollozando: ¡Se ha derramado la sangre de Abel! . En tàn breves palabras se encierra el cuadro y el pronósitco de lo que sería Colombia y especialmente el Ecuador después de la muerte del inocente.

La corrupción debía cundir, porque la mayoría de los generales, jefes y oficiales que habían vuelto de los campamentos, ya no comprendían lo que fuera libertad, sino la encontraban amplia para su vida licenciosa.

Sin Sucre y sin Bolívar, aquellos *hijos de los hombres* quedaban en situación análoga a la de los tenientes de Alejandro el Macedonio: como ellos procedieron, y los efectos de este proceder no han cesado todavía.

El teniente de Bolívar a quien al desmembrarse Colombia, le ocupó la parte del Sur que recibió el nombre de Ecuador, desempeñó la sangrienta faena de libertarse de los Demóstenes y Fociones que abogaban por la República.

Rocafuerte perseguido, llegó a ser víctima de injurias y decepciones que le condujeron, no a las gradas del cadalso ni al destierro como a Moncayo, sino a ocupar la diestra de Flores, con un fin grandioso en verdad, pero con medios que no pueden menos de aflijir a los admiradores de ese grande hombre.

El Coronel Hall, asesinado en las calles de Quito con otros compañeros suyos y de Moncayo, ofrece a la memoria un cuadro que escandalizaría a las generaciones, pues la historia no podrá ocultar que su cadáver fue escarnecido, presentándolo a la espectación pública, desnudo, con una cuerda al cuello y pendiente de una escarpia. (3)

Sáenz y Zaldumbide, amigos y consocios de Moncayo, fueron cruelmente lanceados en el sitio de Pesillo.

Entre los mil trescientos ecuatorianos que inundaron con su sangre los arenales de Miñarica, y entre los que en distintos puntos recibieron la muerte, como mártires de la causa republicana, perdió Moncayo con socios y amigos.

Estas sombras queridas, y la imagen de la patria desangrada y en cautiverio, eran las que acompañaban a Moncayo en su destierro y le seguian en sus paseos solitarios por los desiertos arenales que circundan la ciudad de Piura que le sirvió de asilo.

Quien trae a la memoria las hileras de hombres que iban recibiendo la muerte arrodillados, cuando se diezmaron los batallones Araure, Vargas y Girardot: los ciudadanos que derramaron su sangre desde el 12 de Octubre de 1833 en que estalló en Guayaquil la protesta armada contra Flores y su aristocracia militar, hasta 1836 en que espiró el último esfuerzo patriótico a las márgenes del "Guallaigua"; y los campos o los patibulos en que fueron perdiendo la vida Sucre, Merchán, Cano Hall, Echanique, Sáenz, Zaldumbide, los Valverdes, Maldonado (Facundo) y otros menores visibles, pero esclarecidos después por el martirio, no podrá menos que imaginarse a Moncayo, como el último de los girondinos, reservado por la providencia para quedar cantando la Marsellesa al pie de la guillotina, levantada por Flores en 1830, y vuelta a levantar por García Moreno en 1859.

A su memoria, que había llegado a ser a manera de los cementerios, un depósito de cadáveres, se unía la entusiasta indignación que exitaba a cada paso la impunidad y los escandalosos procederes de los víctimarios de Colombia, unidos ya a muchos cómplices ecuatorianos.

Desde Enero de 1839 en que Flores volvió a disponer de la República, sin el contrapeso de Rocafuerte, fue primero a revestirse con las apariencias de la gloria militar, auxiliando a la Nueva Granada contra una insurrección de los pastusos, para plantear enseguida el plan de dominación vitalicia,- que ha llegado después a servirle de norma a García Moreno.

En el Congreso que debía reunirse en Enero de 1841 fundaban los liberales, o hijos del espíritu, (según alusión de Bolívar) algunas esperanzas de que a lo menos se crearían tendencias a las mejoras de las instituciones y a la regularidad en la administración por haber contrarrestado los pueblos a las intrigas y violencias de los agentes de Flores y conseguido introducir, algunos Senadores y Diputados de su elección. Pero los colombianos burlaron estas esperanzas con la nulidad de las elecciones de Cuenca y la deserción de los representantes que dejaron el Congreso desvanecido por la falta de quorum constitucional.

Con esta base, con la nueva expedición militar a Nueva Granada, y aprovechando de la horrible calamidad pública de la fiebre amarilla que desolaba el litoral, reunió Flores la Convención de 1843; de la que salió como Mi-

nerva, armado de punta en blanco, para iniciar su dinastía, fijándose el período de ocho años. (4)

Entonces Rocafuerte se despertó de su letargo y vió pérdidas las ilusiones que se había formado de que junto con Flores, pero a pesar de Flores, podía fundarse la verdadera República en el Ecuador. Fue perseguido; tuvo que emigrar de la patria; buscó asilo en el Perú, y allí encontró a Moncayo que honrado con su largo destierro había pedido precaverse de las redes en que cayeron muchos de sus compartidarios.

Ni lo que llamaban honor de las armas ecuatorianas invocado en las guerras contra Pasto; ni las falaces promesas de que primero un Congreso extraordinario y después una Convención remediaría los males de que los pueblos se quejaban; ni las insinuaciones halagüeñas con que procuraba atraerlos a su partido, habían podido hacer variar en lo más mínimo la firme resolución de Moncayo de conservar la actitud y el programa de vida que adoptara desde 1830.

De Rocafuerte se había separado cuando este personaje entendió que asociado a la aristocracia militar podría convertirla a la república; pero se volvió a unir y trabajaron en un mismo sentido, desde que Rocafuerte, protestando contra la Convención del 43, volvió a asumir la actitud que había tomado, cuando fue en 1833 condenado a destierro, violándose las inmunidades de que gozaba como representante de la Nación. (5)

Vamos a verlos juntos abogando por una misma causa, al joven candoroso de las virgenes selvas de América del Sur con el anciano ilustrado en la práctica revolucionaria de los Estados Unidos, de la República de Méjico y de las cortes más civilizadas de Europa.

III

En el año de 1842 mostraba la prensa ecuatoriana alguna vitalidad. La disolución del Congreso había promovido serias polémicas. El célebre periodísta Irrisarri era el defensor de la oligarquía, y aunque maltratado por F. Vicente Solano y otros escritores, desempeñó su tarea a entera satisfacción de los que les subvenían. Pero como la libertad de imprenta es para los déspotas y tiranos la más temida de las libertades, y como, además, las acusaciones ante los jurados producían el efecto de aumentar la publicidad y la comprobación de los hechos denunciados, la Convención del 43 no podía investir a Flores del poder que le invistió sin quitarle al pueblo la facultad de hablar y de quejarse.

Aquel cuerpo constituyente libró en consecuencia una ley que implicaba la prohibición de censurar los actos del Gobierno y de sus órganos y agentes en todos los ramos. Tal prohibición produjo el efecto inmoral, repugnante, pero irremediable de que el pensamiento y los ayes comprimidos estallacen por medio de los pasquines manuscritos y de las imprentas anónimas.

Lo innoble, difícil y peligroso de este órgano de publicidad impedían que los oprimidos contrarrestarán con ventaja al periódico ministerial de Irrisarri y a los editoriales de prensa oficial. Por otra parte, los jóvenes que así escribían eran novelas y no empleaban su pluma en discursos convincentes, sino en declamaciones excitantes. En una de sus canciones marciales apostrofando a Flores le decian:

"Cruel tirano del crimen nacido
Esclaviza a la patria adorada:
Quien le sufre es un vil fementido
Quien le sigue traidor se degrada".

La carestía de escritos más serios y fundamentales en los momentos solemnes en que el pueblo exasperado se iba sublevando con una audacia temeraria en Riobamba, Ambato, Pillaro y Otavalo, daban un precio inestimable a la serie de manifiestos que Rocafuerte iba publicando periódicamente en Lima y a los ardientes artículos de Moncayo.

"La Linterna Mágica", por su novedad, ingenio y energía producía mágico efecto penetrando de contrabando en esa patria condenada al silencio y al mutismo. Se erigió en delito el hecho de recibir sus números. Se sabía que había penetrado en este territorio por las injurias y denuestos en que prorrumpía la prensa oficial y semi — oficial contra Moncayo y Rocafuerte. A tal punto había llegado la ira y la ruindad de aquellos escritores, que hasta cayeron en el fango de una venganza baladí profanando los sagrados misterios del corazón, al dirigir chismes y levantar quimeras para impedir el enlace de Moncayo con la espiritual y millonaria joven, piurana, Srta. Juana Lamas, que fue su adorada esposa a pesar de la voluntad del gabinete de Quito y de su periodista Irrisarri.

Puede decirse que García Moreno inició su celebridad, si no por obra, a lo menos con ocasión de "La Linterna Mágica". Cuando era delito recibirla, cayó en sus manos un ejemplar del tercer número, y que con la audacia que desde estudiante le ha sido característica, la leyó en alta voz en el salón de la Universidad. Averiguado y calificado el hecho como delito de Estado, se le condenó a expulsión de los colegios y confinamiento en la montaña de Mindo. Tal condena le hizo estimar, colocándole en la lista de las víctimas tiranizadas.

Entre tanto, estos castigos y la avidez de la juventud por recibir y propagar los impresos del Perú, aumentaron la vigilancia de las autoridades, produjeron reclutamiento, multiplicaron el número de los espías y el premio de las delaciones. Estas providencias que los tiranos creen tan eficaces, fueron generalizando el espíritu revolucionario y preparando el estallido que había de modificar temporalmente la faz de la sociedad ecuatoriana.

Después de uniformado el sentimiento de la mayoría por la libertad de la Patria y dispuestos los ánimos a los grandes sacrificios, hubo silencio: hubo

un silencio que parecía paciente resignación al orden de cosas que las bayonetas hacían inconmovible: hubo un silencio que como inusitado ponía meditabundos a los mismos que lo hacían producido con sus policías secretas y sus bandos amenazantes: hubo silencio, porque ya los dos escritores del Perú, se estaban entendiendo en secreto con los conjurados del Ecuador para convertir en hechos lo que antes dijeron por la prensa.

Ese lógrego silencio, precursor de una horrenda tempestad, duró hasta la fecha clásica de esa república hasta el 6 de marzo de 1845, en que se dió en Guayaquil el grito de libertad. Corrió la sangre en el tiroteo habido en la ciudad en ese mismo día: corrió en los dos tremendos combates en la Elvira: corrió en el Tablón de Machángara de la ciudad de Cuenca: corrió en el pueblo de Yaruquí, en la provincia de Pichincha, en la quebrada de Chiriguasi de la de Imbabura y en Quebrada Honda de la de Loja. Pero la sangre no fué estéril en ésta vez. Quedó conquistada la libertad de imprenta, inaugurándola Olmedo con el solemne manifiesto que dió a las naciones amigas como primer miembro del Gobierno Provisorio. (6)

Las puertas de la patria quedaron abiertas para que saliera FLORES y regresaran los proscritos.

Los partidos políticos que habían recibido antes varias denominaciones, quedaron desde esa fecha deslindados con los nombres de marzistas y floreanos.

El triunfo de los escritores públicos y de los combatientes armados habría sido completo, si los vicios coloniales unidos a los que sembró durante su dominación el ejército colombiano, no hubieran extraviado los corazones y los espiritus de la senda del progreso, que Sucre había trazado.

Pero sea de esto lo que fuere, con la transformación del 6 de Marzo, el ciudadano que nos ocupa, cambió su título de proscrito con el de Representante de la Nación elegido por dos provincias, para constituir la República y regimentar la Administración.

En el ostracismo le vimos unido a Rocafuerte, y unido le veremos hasta el día en que Rocafuerte expiró haciendo los últimos esfuerzos en servicio de la libertad y de la patria.

IV

Ardúa y grandiosa era la misión de la Asamblea Constituyente. Las elecciones se habían practicado por primera vez sin lucha ni violencias. Los representantes eran genuinos; pero preciso es decirlo, el discernimiento popular no se mostró bastante acertado en la designación de una parte de sus diputados, ni el del GOBIERNO provisorio en señalar la ciudad de Cuenca para la reunión de la Asamblea.

En todo el interior de la república es preponderante el elemento clerical que se apodera de las conciencias a nombre de la religión; pero en Cuenca la voluntad eclesiástica parecía absoluta. Rocafuerte y Moncayo eran a cada paso tildados como herejes: sus esfuerzos por plantear las garantías sociales,

e individuales encontraban resistencias insuperables así en la mayoría de la Asamblea, como en la barra fanatizada.

A la antigua lucha contra la aristocracia militar siguió la nueva contra los hábitos coloniales; a las amarguras de la proscripción en suelo extraño, siguieron las de verse como extraño por sus ideas en el suelo de la patria. La primera constitución del Ecuador y su primera administración nacional, sin los esfuerzos de Rocafuerte, Moncayo y los pocos que se les unieron, habría salido con muchas prescripciones análogas a las del Syllabus que después ha hecho sancionar García Moreno como leyes de la República.

El artículo constitucional que imitando al Cónclave de los cardenales, exigía las dos terceras partes de los votos del QUORUM de diputados para la elección de Presidente de la República, sin más razón que la de ser esa la mayoría requerida para la elección del Pontifice romano, produjo discordias, désordenes y al fin revoluciones estériles y ruinosas.

Como no nos hemos propuesto hacer el panegírico de Moncayo, sino un rápido e imparcial recuerdo de su vida pública, estamos en el punto de presentar las nubes que ofuscaron algún tanto su reputación hasta entonces esclarecida.

Dos especies de fanatismo traían perturbados los espíritus: el que el clero fomentaba hasta tocar en lo ridículo, y el que atizaba la juventud contra la memoria de la dominación floreana hasta tocar en lo temerario. Moncayo combatió lo primero, pero se dejó vencer por lo segundo.

Flores había salido del territorio ecuatoriano previa una capitulación, cuyo exacto cumplimiento era un punto de honor. Es verdad que tan pronto como se supo que el Gobierno provisorio trataba de entrar en arreglos con el tirano de la patria, el vecindario de la ciudad de Loja formuló dos enérgicas protestas contra el convenio que se ajustara. Es verdad también que bajo ciertos respectos el convenio entrañaba nulidades. Pero el alma de Moncayo es de aquellas que en todos los casos dudosos opta por lo que más se inclina a la genial manificencia de los nobles corazones. Fué pues una aberración, ocasionada quizá por el fanatismo popular, la de haber votado por la nulidad de la capitulación de la Virginia.

Al proceder la Asamblea a la elección delPresidente de la República, la mayoría de diputados voto en favor de don Vicente Ramón Roca, y la minoría, a la que pertenecieron Rocafuerte y Moncayo, por el eminente poeta José Joaquín Olmedo. El inconsulto artículo constitucional que prescribía las dos terceras partes de los votos para la elección, hizo que las votaciones se repitieran en sesión permanente hasta que por una especie de asedio impropio de la seriedad de aquellos actos, obtuvo el voto de numeros requeridos y fué proclamado Presidente, el candidato de la mayoría.

Las controversias habidas en aquellas sesiones borrascosas indispusieron los ánimos e hicieron nacer en el seno mismo de la Asamblea un partido de oposición encabezado por los diputados de la minoría. Desde entonces Rocafuerte y Moncayo se convirtieron en fiscales inexorables de la administración de Roca, por la prensa y en las Cámaras Legislativas le acusaron despia-

dadamente. El partido ministerial usó actitud en sus defensas. De este modo hubo un desborde de pasiones y un abuso indiscreto de la prensa periódica.

Esta escandecencia de los dos bandos en que estaban divididos los marzistas, tenía sus treguas generosas cuando el peligro común los amargaba.

En 1846, la invasión europea capitaneada por Flores para destruir las nacionalidades sud americanas y fundar monarquías, movió a Rocafuerte a recibir del Presidente Roca una comisión diplomática, en cuyas diligentes labores perdió la salud y poco después dió a la América el pesar de despedirse para siempre.

Moncayo a su vez perdió de vista toda discención local: depuso todo lo que su ánimo tenía de prevenido contra la administración del Ecuador, y se dedico exclusivamente al servicio de la causa americana.

Cuando cesaron los peligros volvió a la oposición y cayó en el extravío de contarse en el número de diputados que desaforaron al poder judicial indultando al actual Presidente García Moreno de la causa criminal que se le seguía por el grave delito de maltratamiento al Ministro de Hacienda estando en el ejercicio de sus funciones oficiales.

Esas divisiones o controversias acaloradas produjeron la vacancia de la Presidencia de la República, por no haber obtenido en el Congreso del 49 ninguno de los dos candidatos las dos terceras partes de los votos: enseguida vino la revolución del 20 de Febrero de 1850, en que entraron en lucha los partidos de los jefes supremos Elizalde y Noboa; y después la del 17 de Julio de 1851, que destituyó a Noboa de la Presidencia que ejercía, elegido por una Convención que él mismo convocara como Jefe Supremo.

En este año se preparaba en el Perú con enganchados peruanos, chilenos y europeos una expedición que en el siguiente de 1852, realizó Flores contra el Ecuador.

Este nuevo peligro volvió a unir a los marzistas, con exclusión de algunos partidos de Noboa y de los de Flores.

Moncayo estaba entonces en Quito donde tomó las armas junto con los jóvenes de los colegios y los demás ciudadanos que acudieron a desbaratar los planes y destruir los motines que se formaban en Pichincha e Imbabura para auxiliar lal invasor.

De los cuarteles pasó Moncayo a ocupar la Presidencia de la Convención que se reunió en Guayaquil cuando aquella expedición declarada pirática voltejeaba todavía amenazante en las aguas de ese río.

Develados los invasores, y daba la Constitución y leyes orgánicas y administrativas, Moncayo fué acreditado como Ministro Plenipontenciario en el Perú. Pasó después a representar el Ecuador en Francia, hasta que, terminado el período presidencial del General Urvina, y siendo el General Robles presidente, volvió a ocupar su asiento en el Senado.

Durante la administración de Roca vió Moncayo triunfante la libertad de imprenta en lo absoluto; el respeto a la soberanía popular delegada a los Congresos; y la supresión de la prepotencia militar. En el período presidencial de Urvina, vió lauroso la abolición de la esclavitud; la expulsión de los jesuitas, la supresión del impuesto personal que degradaba a los indígenas; la supresión de los cadalzos, puesto que la pena capital eera siempre conmutada, y la protección a las asociaciones populares.

V

El General Robles era reputado como valiente; más la experiencia le mostró que el valer solo no bastaba para ser un buen Presidente de la República. El Congreso del 58 se manifestó radical hasta pedir por un mensaje se reformará la Constitución sancionando la libertad absoluta de imprenta, la abolición de la pena de muerte; la adescentralización administrativa; la libertad de estudios y otras preciosas libertades. El 59 asumió el papel de enérgico; indispuso los ánimos; descontentó al partido que le sostenía, y se introdujó el desorden en los precisos momentos en que el Perú se aprestaba para el bloqueo de Guayaquil.

Moncayo y García Moreno eran entonces Senadores: se pusieron en desacuerdo con el gabinete, desertaron algunos senadores y representantes partidarios de Robles; el Gongreso exasperó los ánimos; el gobierno se propuso conjurar esa exasperación con prisiones y destierros; salieron desterrados tres concejeros municipales de Quito y un impresor; el impresor huyó y fué alcanzado y asesinado por el oficial de la escolta que lo conducía; Moncayo escribió contra este crimen, y fue otra vez más extrañado del territorio ecuatoriano. (7)

En esos momentos ya la escuadra peruana estaba estrechando el asedio de Guayaquil. En presencia de ella se dió el escándalo de una asonada militar que hizo armas contra el gobierno. Poco después del 1o. de Mayo del 59, hubo otro movimiento revolucionario en Quito en el que García Moreno fué nombrado primer miembro del gobierno provisorio.

No entra en nuestro plan referir más hechos que aquellos que inmediatamente se relacionan con el personaje que nos ocupa; por eso prescindimos de mencionar aquí las alevosías, perfidias y crueldades con que se manchó García Moreno en esa funesta temporada. Pero entre ellos hay un hecho que nos incumbe.

Moncayo eligió la ciudad de Lima para asilo en su último destierro: pasaba sus horas solitario, casi incógnito, apurando en secreto las amarguras de su embarazosa situación. Está asilado en un país que era por entonces enemigo del Ecuador. Los corazones delicados pueden comprender los tormentos que entraña el recibir favores de los enemigos de su patria. En estas angustiosas circunstancias se le presenta García Moreno y le pide que le introduzca donde el gran Mariscal don Ramón Castilla disimulando en partes, y en parte resistiendo con falsos coloridos el objeto que llevaba.

Una vez puesto en relaciones con dicho personaje, le pide la guerra contra el Ecuador y guerra sangrienta en auxilio del gobierno provisorio. Moncayo que nunca ha querido ser el Coriolano de su patria, se indignó y rompió desde ese instante sus relaciones con el desnaturalizado ecuatoriano, que fue a escandalizar al Almirante Mariátegui compeliéndole a que bombardease la ciudad, la ciudad en que García Moreno había nacido y donde moraba su anciana madre.

En tanto que García Moreno bombardeaba sus patrios lares; azotaba a un anciano y benemérito General; asesinaba a discresión; llevaba la guerra a sus vecinos para salir afrentado; se asociaba con el General Flores, a quien había detestado hasta el extremo de asecharle con trabuco en mano para darle muerte alevosa; y fundaba el sistema del terror y la hipocresía como un frenético incomprensible; Moncayo había trasladado su residencia a la capital de la República de Chile, donde consagró su actividad y su talento al servicio de la causa más espléndida en nuestros Estados débiles y enfermizos: la gran causa de la Unión Americana.

Ese magnífico ideal en que aún permanece embebecido, no le ha hecho sinembargo perder de vista las desgracias de su patria.

La prensa de Lima y la de Santiago de Chile, registran artículos que denuncian a la América lo que hace García Moreno en el Ecuador: analizan lo que tiene de vicioso y atentatorio la Constitución, las Leyes, los decretos ejecutivos y los actos arbitrarios del único y supremo legislador García Moreno.

Sus escritos no se limitan a combatir a García Moreno como tirano de la República ecuatoriana, sino que propenden a precaver a los vecinos, tanto del pernicioso contagio, como de alguna alevosa acometida, como las que ha hecho contra Colombia cuando la ha visto dividida y lo que entrañan las tres memorables cartas a M. de Trinité.

Su instrucción, su talento y la elevación de su carácter son acatados por todos los que saben apreciar el mérito e inclinarse ante lo que es digno de respeto.

Si pudiera llamarse una desgracia el tormento de verse aprisionado; expatriado por tantos años; calumniado por viles enemigos; insultado por todos aquellos que no pueden responder satisfactoriamente a sus cargos y argumentos contundentes; diríamos que Moncayo ha sido desgraciado y que sus desgracias las debe por haber caminado ciego como la justicia, sin reparar en amigos, parientes, honores ni mundanales intereses, sinó sólo en el triunfo de los principios republicanos y la extirpación de los vicios coloniales.

Pero aunque ha sufrido pesares profundos; aunque su corazón ha recibido heridas incurables, como la pérdida de su esposa, de sus amigos y sobre todo de su patria, entendemos que Moncayo, nunca se ha tenido por desgraciado. El debe esperar sin duda que la posteridad le haga justicia, como la ha hecho a cuantos han consagrado su vida a procurar el mejoramiento del hombre.

Del gran reformista Fenelón, más elevado y por lo mismo más acusado, odiado y fastidiado por sus contemporáneos, se ha dicho con ternura consoladora que "pudo oir las bendiciones del menor número: perseguido pero honrado, la gloria le seguía en su destino: su palabra había sido comprendida, y su doctrina de la vida no había de morir jamás".

Las persecuciones son triunfos cuando emanan en tiranos y malvados, porque muestran al perseguido como intransigible con el crimen, y este es más grande de los honores que pueden recibir los corazones rectos.

VI

Moncayo y García Moreno tendrán sus biógrafos, y por apasionados que estos sean no podrán alterar los hechos que los críticos severos van archivando para la historia. Sean cuales fueren los defectos literarios, políticos y aún privados y familiares, que se atribuyen a Moncayo, nunca podrán equiparse a los públicos y los inéditos de García Moreno.

García Moreno se preparó desde el colegio para campeón del terror y la hipocresía; ha tocado en la cima: ha coronado la obra que era el tema de toda su vida ¿que le falta por hacer? Mantenerse en sus alturas hasta que el, soplo de la civilización universal apague las hogueras que ha encendido para intimidar y deslumbrar a los cobardes y menesterosos sin honor. En ese punto quedará concluída su estrepitosa carrera.

Moncayo se preparó desde sus primeros años para ir en pos de la verdad y la justicia que acabará por destruír a todos los tiranos. El sabía que esa obra no conduce a la silla presidencial, sino a las prisiones, al ostracismo y al cadalso. Eligió pues la senda de la abnegación y de los sacrificios, que el vulgo llamaría infructuosos, porque no dan por fruto grandes empleos ni bienes de fortuna.

Hasta 1845 en que Moncayo había recibido por largos años la corona del martirio, García Moreno había llamado la atención por tres hechos: primero, haber opinado en "La Sociedad Philotécnica" por el asesinato de Flores y salido en alta noche a poner en práctica su teoría; segundo, haber leído la "Linterna Mágica" contra las prescripciones de la autoridad; y tercero, haber escrito pasquines furibundos.

Durante la revolución del 6 de Marzo en que Moncayo recibía los votos para representar a dos provincias, García Moreno recibió la plaza de cobrador de un impuesto extraordinario: ejerció su comisión con violencias clamorosas, y por haber impedido que continuará en esa vía de apremio y pago, resignó su autoridad rompiendo el nombramiento y echándole a los pies del Jefe Superior de Quito.

Durante la administración de Roca en que Moncayo hizó una oposición más vigorosa, García Moreno la hizó como un febricitante en su pasquín "El Zurriago", sin que esto obstará para solicitar y recibir el empleo de Gobernador de Guayaquil, este empleo lo ejerció extrañando del territorio a los partidarios de Flores que le eran aborrecidos y dando cuenta al Gobierno de que les había concedido los pasaportes que le pidieran.

En el 46 en que Flores preparaba la memorable invasión europea, Moncayo suspendió su oposición y se pusó al servicio del Gobierno: García Moreno sin suspenderla escribió "El Vengador" en que fueron tratados Flores y sus cómplices como los más excecrables malhechores que los siglos hubieran producido.

En el año del 49, durante la contenida civil entre Elizalde y Noboa, Moncayo guardó melancólico silencio viendo que se derramaba inútilmente la sangre de sus compatriotas y que era superfluo hablarles, cuando las pasiones políticas los tenían ensordecidos; García Moreno encontró a bordo a los jesuitas, que salieron expulsados de la Nueva Granada, y celebró con ellos la alianza, que le sirvió de pedestal para escalar las gradas del Palacio y es ahora mismo el sostén de su tiránico poder.

En 1859 Moncayo y García Moreno estaban desterrados por Robles: García Moreno se hizo Coriolano, y Moncayo conservó su lealtad ingénita a la patria, olvidando su destierro y vejaciones.

Lo que desde aquel año ha hecho García Moreno se registra en los valientes artículos de Moncayo, porque el primero es el tirano, y el segundo, su severo historiador.

Si en este paralelo descendiéramos a pormenores resaltarían a cada paso la pureza y la abnegación del uno y las siniestras aspiraciones del otro; pero creemos que más que nuestras palabras las de ellos mismos patentizarán la diferencia que existe entre los dos.

García Moreno creyó que Moncayo podía ser seducido, como el común de los mortales, con la halagüeña perspectiva del oro y del alto honor de representar al Ecuador en el Perú: tentó probarle como alguien lo hiciera con Cristo en el desierto; pero oyó un vade retro que ha sido uno de los castigos impuestos a su soberbia. Véase aquí la carta semi oficial del Ministro de García Moreno, y la respuesta de Moncayo.

"Quito, Junio 15 de 1870.— Señor don Pedro Moncayo.— Lima.— Muy señor mio:

"El Gobierno de esta República, con el objeto de cortar cuestiones sobre límites que serían talvez de resultados trascendentales, por razón de la importancia— que diariamente van teniendo— nuestros terrenos en el Amazonas, se dirigió al del Perú invitándole al nombramiento y envió de la comisión mixta conforme al artículo 6o. del Tratado de 1829.

Aceptada por parte del Perú la invitación del Ecuador, es llegado el caso de que cada uno de sus gobiernos nombre sus respectivos comisionados, y como en épocas anteriores se dedicó con lucimiento al estudio de los límites de esta República, e hizo varias publicaciones a este respecto, y es de reconocida importancia que la demarcación se haga sin perder ninguna parte de nuestro territorio, se desea saber si las atenciones de usted, le permitirán aceptar del Gobierno de esta República el nombramiento de comisionado para que en asocio de un ingeniero geógrafo, proceda con los

del Perú a fijar la línea divisoria, seguro de que en ello hace usted, un positivo servicio a su patria, y de que su trabajo le será bien remunerado. (8)

Espero se digne darme contestación pronta al contenido de la presente, y aceptar las consideraciones de alta estimación y respeto con que me es satisfactorio suscribirme de usted atento y seguro servidor.— Firmado.— Francisco Javier León".

Señor don Francisco Javier León.— Corrillos, 5 de Julio de 1870.

Muy señor mío:

Tengo el gusto de contestar su estimable carta del 15 de Junio, aunque contristado por el conflicto en que me ponen el alto honor que usted quiere dispensarme y las dificultades insuperables de mi posición. El señor Ministro sabe que he mirado con profundo dolor el régimen recientemente establecido, como un acto de coacción y violencia sin ejemplos en los anales de la República, como una usurpación clamorosa de la soberanía nacional y una infracción manifiesta de todos los derechos y garantías sociales. El Ecuador está reducido a la más triste y degradante servidumbre, y no es posible que un hombre de honor se resigna a servir bajo una administración en que impera de un modo absoluto la voluntad de un solo hombre. Someterse a tan dura esclavitud y hacerse participante de ella sería perder treinta años de honestos y leales servicios a la patria y a los principios republicanos que constituyen el ser y la esencia mismas de los Estados de América. No ignoro, señor, que la patria impone deberes incontrovertibles y por lo mismo sagrados, pero sé también que ninguna cosa, por grande que sea, puede obligar a un ciudadano a manchar su honor, prostituir su dignidad y sofocar los gritos de su conciencia. Más alto que todo está la justicia como fundamento y fin primordiales de la sociedad; y donde ella no existe no hay patria, deber, ni compromisos sociales. No hay más que la imagen monstruosa del despotismo y esa arbitrariedad aterradora enemiga de este país y de todo progreso moral e intelectual.

Tales son, señor, las poderosas razones que me privan del honor de prestar mis servicios en esta ocasión, mientras que en otro tiempo y bajo otro orden de cosas y de principios, no sólo los habría prestado de buena voluntad, sino que habría servido con celo, pasión y entusiasmo, pues que comprendo, sé y estoy convencido de que la cuestión de límites es de vital importancia para la República.

Dígnese usted escusar la franca expresión de mis sentimientos y aceptar las consideraciones de aprecio con que soy su atento S. S.— P. Moncayo".

VII

En 1855 el nombre de Moncayo sonaba espontáneamente entre los liberales de ideas menos estrechas como candidato para la presidencia de la república. En la Nueva Granada. "El Tiempo de Bogotá insinuaba también a sus vecinos del Ecuador la adopción de esa candidatura.

Pero ese puesto elevado, ese foco seductor hacía donde convergen las supremas ambiciones, no produjo en Moncayo ninguna exitación. Si él hubiera aspirado al ejercicio del poder, habría formulado su programa fingiéndose devoto, como lo hizo García Moreno con éxito afortunado; o habría dicho en modestía farisáica que aunque la carga era superior a sus fuerzas la aceptaba como un sacrificio por el bien de la patria y por sumisión al voto de sus comitentes. Más, en vez de librar programas fementidos, ni hacer pública ostentación de sus desisntereses por recibir aplausos, lo que hizó fué desentenderse de la candidatura y públicar sus viajes a Suiza.

En aquellos artículos de viajes demostraba los progresos materiales y morales que habían hecho los cantones Suizos protestantes en que son tolerados todos los cultos, y la inferioridad de los cantones católicos romanos. Sabía que estas ideas pondrían su nombre fuera de cantara y aún exitarían contra él la animadversión de la mayoría y prefirió la franqueza y hombría de bien a la silla presidencial.

García Moreno no ignoraba estos precedentes; pero como ha visto tantos cambios, tantas debilidades, tantas miserias y flaquezas en torno suyo, se imaginó talvez que la ley fatal lde la degradación humana podía hacer de Moncayo una víctima más sacrificada en aras de la codicia y de las bastardas ambiciones.

Le promete por medio de su ministro que el trabajo que emplee en su comisión será bien remunerado. No pertenece Moncayo a los pecesillos que pueden caer en semejantes redes. ¿En qué habría consistido la remuneración? Con el oro no es posible seducir a quien se honra con vivir de su trabajo y emplear sus ahorros en la prensa, en obras de piedad y en objetos civilizadores y patrióticos, como por ejemplo, la biblioteca obsequiada a la provincia de Imbabura. Tampoco se puede deslumbrar con puestos elevados a quien ha hecho profesión de decir verdades y proclamar principios que ahora son recibidos por la multitud como una injuria más bien que como un servicio, y cuyo mérito no se reconocerá sino cuando sel escritor haya dejado de existir.

En la única parte que está bien manejado el jesuitismo, es en las palabras seguro de que en ello hace Ud. un positivo servicio a la patria. Este es el punto dorado que se pone siempre por los usurpadores y tiranos para que se pasen a su partido los que están en el opuesto salvando así el torrente del pundonor. Con invocar el nombre de la patria creen que han dado su bula remisoria de todo pecado de inconsecuencia o felonía.

Pero el sofisma quedó deshecho con la profunda y decisiva respuesta de que el Ecuador no reune en el día las condiciones necesarias para merecer el nombre de patria, y de que nadie puede renunciar al honor ni aún con el seductor pretexto de servir a la patria. La vida puede sacrificarse, pero el verdadero honor jamás.

La carta dictada por García Moreno a su ministro León, nos ha proporcionado a los partidarios de Moncayo la grata satisfacción de ver que en ese flujo y reflujo de pasiones que suelen extraviar a los partidos políticos y conducirlos no solo a incurrir en errores, sino a cometer atentados, hay

hombres en quienes se encarnan y vinculan los principios para estar sirviendo siempre de fanal a los que entran en golfos tenebrosos y a los náufragos de las tormentas políticas.

Primero Flores y después García Moreno han tenido la audacia suficiente para cometer delitos repetidos de alta traición contra la independencia de América y de soportar con increíble serenidad las maldiciones de los pueblos y las combinaciones diplomáticas de los gabinetes alarmados, confiando en que la inmoralidad de los hombres se refleja en sus gobiernos, y que podrían pasearse ufanos por enmedio de los pueblos traicionados, recibir los honores que se tributan a los benefactores de la humanidad, y entenderse benévolamente como de igual a igual, con los que, con el nombre de radicales, han ocupado el polo opuesto.

Si así proceden los gobiernos los partidos políticos en América, diría naturalmente García Moreno ¿cómo no he de encontrar a mi disposición a un proscrito de tantos años, debilitado por el trabajo, encanecido con las decepciones y empobrecido por sus liberalidades? ¿Habrá más pundonor en un hombre aislado, en un particular poco visible, que en gobiernos ricos, en gobiernos que se precian de gravedad y de firmeza, en gobiernos y en partidos que pretenden mostrarse como la expresión del liberalismo político moderno? .

Los gobiernos se componen de hombres, señor García Moreno; los hombres en general son el tipo cierto de la cáida de Adan, los hombres como Moncayo son la excepción de esa negra fatalidad a que todos estamos condenados. Los que se muestran alucinados con la eterna construcción de vuestra carretera, con vuestras calles compuestas, con vuestros jesuitas y con vuestras monjas, son vulgo, y no creaís que el vulgo está privado de ocupar los palacios, sentarse en puestos supremos, proclamar bellas teorias, y estar sinembargo al mismo nivel de los que rezan y comulgan a vuestro lado para ir enseguida a proporcionarle materiales a la crónica escandalosa.

En García Moreno, por el hecho de estar en el poder y ser aterrador, personifican sus aduladores varias de las obras cuyo origen se debe al Congreso de 1866 que le repelió de su seno por haber pretendido ocupar el senador de Pichincha con título de procedencia fraudulenta. También le engalana con ideas concebidas y obras iniciadas por la Municipalidad y otros ciudadanos de Guayaquil. Pero sin detenernos en dar a cada uno los honores de la invención, convenimos en que su rango de tirano le ha proporcionado medios de construír obras materiales, aunque sean amasadas con la sangre y las lágrimas de las familias vejadas y espoliadas con impuestos calamitosos.

A Moncayo no le ha cabido la suerte de plantar árboles, en una plaza, de componer las calles de la capital, ni nunca habría aceptado la de importar algunas veintenas de frailes italianos; pero, en cambio, dá a los americanos el consuelo de saber que las semillas de la hombría de bien no se han extinguido: que la fe en los principios de verdad y de justicia cuenta todavía con mártires ilustres: que la dignidad humana tiene quienes la representen contrastando con la vileza que tanto degrada a nuestra especie: que la abnegación y el desinterés no son un ideal de poetas y novelistas, sino una honrosa

realidad: que la firmeza de carácter no es un dón de los tiempos heróicos solamente, sino una dote contemporánea.

Quizá no habríamos sido tan esplicitos en nuestras apreciaciones, si Moncayo estuviera en el poder, en la opulencia o en camino siquiera de hacerse poderoso y opulento; pero no teniendo nada que ofrecernos, sino su ejemplo y sus doctrinas que se dan gratis a todos, hemos estado en la libertad de tratarle como si hubiera dejado de exístir.

Los que escriban su biografía dirán más que nosotros en su elogio, pero entre tanto, nosotros hemos cedido al sentimiento irresistible de hacer justicia al hombre de mérito, así como otros ceden al de tributar incienso a los tiranos.

M. R.

Miguel Riofrío

INDICE

"(. . .) También las novelas filosóficas i de costumbres son un poderoso auxiliar para contener á los hombres en el deber, para estimularlos á la virtud y hacer temible y detestable el vicio; pero EN EL ECUADOR NO HEMOS VISTO TODAVIA UN SOLO ENSAYO DE ESTE GENERO con que la Nacion pudiera honrarse, y la época de que se ostenten estas piezas civilizadoras no ha llegado aun, porque todo lo absorve (sic) y lo esteriliza la política i mui especialmente lo hidra de los partidos (. . .)".

Miguel Riofrío
1849

"(. . .) El doctor Riofrío al escribir esta novela, la inicial de nuestra novelística, muestra cuán generosamente dotado estaba para el género; sus personajes, en especial Rosaura, su padre, el cura y el basto novio desdeñado, están bien dibujados y viven con innegable valor (. . .).

La novela se sujeta fielmente al canon romántico, usa de todos los recursos que este canon precisaba: no falta el monólogo, la epístola, el diario íntimo. Su condición de crítica implacable de la sociedad ecuatoriana durante los primeros años de la República la define, por último, como auténticamente romántica, porque es el romanticismo en esencia: rebelión total contra la sociedad y el medio, guerra contra lo establecido, clamor por la libertad y batalla por la humanización de la vida (. . .)".

Alejandro Carrión
1973